

Prólogo

«Ay Carmela»

Sin saber que sus bellos ojos ya habían contemplado tanto horror, como no sería nunca capaz de almacenar en su memoria, siendo un niño, mientras lo traían de vuelta a su tierra, a sus raíces, aunque por entonces aún no lo supiera, retumbaba en sus oídos, una cancioncilla muy pegadiza, esa, que tarareaba, sin saber lo que decía:

*«El Ejército del Ebro, rumba la rumba la rumba la.
El Ejército del Ebro, rumba la rumba la rumba la
una noche el río pasó, ¡Ay Carmela! ¡Ay Carmela!
una noche el río pasó, ¡Ay Carmela! ¡Ay Carmela!
Y a las tropas invasoras, rumba la rumba la rumba la.
Y a las tropas invasoras, rumba la rumba la rumba la
buena paliza les dio, ¡Ay Carmela! ¡Ay Carmela!...»*

En esa carretera, con esa cancioncilla tarareada en los labios de un niño, continuaba una historia, que siete años antes comenzaba, también, en otra carretera...

En honor a los que no consiguieron llegar...

¡Ay Carmela! compuesta en 1808, fue recuperada por los soldados del bando republicano, como una de las canciones de la guerra civil española.

Capítulo 1. La Casa de Aracena

«Seis de febrero de mil novecientos treinta y siete.

Querida Juana,

No paso un día sin recordarte. Daría mi vida si, a cambio, pudiese verte un minuto y saber que, a ti no te han apresado. No sabría describirte en esta sencilla carta el dolor que siente mi pecho. Si en un supuesto, ésta llegara a tus manos, destrúyela cuando la leas. Ya sabes lo que supondría que alguien descubriera que nos escribimos.

Te escribo desde algún lugar entre Málaga y Almería, no sé exactamente en qué punto me encuentro. Hemos tenido que huir. Los falangistas están tomando Málaga, desde Ronda y otros puntos más. Yo me encontraba en mi trabajo cuando oímos las campanas, la gente gritaba, venían a destruir la escuela, a mi querido amigo y director Don Luis Montilla Rubio, lo han asesinado a tiros, lo hacían a la voz de «revolucionarios, filósofos y maricones», no lo llegué a ver, esto me lo contaron, mientras corríamos para salir de allí. No he podido coger más que mi pequeña talega con algunos papeles y poco más. Estaban entrando en Málaga, estamos rodeados, he emprendido una huida que me llevara si Dios quiere, a Almería. Desearía con toda mi alma regresar a nuestra Sevilla, pero ir en esa dirección, sería buscar a gritos mi muerte. Vamos muchos, esto es una desbandada, así te lo puedo describir, mujeres, niños, el que tiene suerte va en burro, el que no, caminando, con lo poco que ha podido coger. Rezo a Dios cada noche para que estés viva, y no te hayan apresado. No te veo desde hace meses, querida mía, nunca olvido esa última mirada, y ese último adiós antes de partir hacia Málaga. ¡Oh querida

Juana! no sé cuánto ha de durar esta guerra. Seguiré mi camino junto con toda esta pobre gente, te volveré a escribir.

Siempre tuyo,

Rafael Madroñal »

Cuando decidí quedarme con la casa familiar de mis abuelos maternos en Aracena, jamás pensé que parte de mi historia, así como, la de cualquier español, podría estar oculta en sus viejas maderas.

Hace dos años, Pedro, y yo, amantes de la naturaleza, la tranquilidad y la vida sana, tratando de huir del bullicio de la gran ciudad, pensamos en quedarnos con la casa de mis abuelos maternos, que había pasado a ser de su única hija, mi madre, y, por lo tanto, yo, como única hija también, la había heredado. Mi abuela Maruja había muerto hacía casi quince años, hoy le llaman ictus, le dio un dolor de cabeza muy fuerte, y simplemente, se fue. Mi abuelo Juan, se encontraba internado en una residencia, con casi ochenta años, sufría la enfermedad del olvido, nos dijeron alzhéimer, él dejó de conocerme hacía más de cinco años, a veces intuía quienes éramos, pero pocas veces. Dejó de existir. Y yo, siendo muy egoísta, dejé de ir a verlo, lloraba desconsolada cada vez que él me miraba de forma extraña, y de repente un día, ya no supo cuál era mi nombre, el de su Maria, mi abuelo tuvo conmigo esa hija que mi madre nunca fue, verlo así me ahogaba, en dos mil doce, fue la última vez que sostuve su mano. Llamaba a la residencia para saber de él, pero no fui capaz de enfrentarme a la realidad, sabiendo que era otra mente en un mismo cuerpo.

Primero tuvimos la intención de vender la casa, pero algo me llamaba en mi interior por lo que decidí, junto con Pedro, reformarla y hacer de ella nuestro lugar de descanso y desconexión los fines de semana.

Y fue allí, en plena naturaleza, sin ruidos de coches, sin pitos de semáforos, sin señales wifi imperceptibles para nosotros, pero no para nuestras neuronas, cuando descubrí a través de esas cartas, mi pasado, nuestro pasado, nuestra historia, aún viva en muchos rostros, pero, sobre todo, me hizo ver la vida con otros ojos.

La casona se encontraba ubicada en un paraje idílico, rodeada de algunos alcornoques, castaños y bastantes encinas, pasear por allí era oír únicamente el crujir de la hojarasca y ramas secas, ver los pájaros cobijados en aquellas hermosas copas, y sentir, percibir ese olor a campo, a tierra, a monte, esa mezcla entre eucalipto y tomillo, esas bocanadas de aire fresco con aroma de romero, todo un cóctel de sensaciones que me permitían, aún más, tener mis sentimientos a flor de piel.

Mi madre no mostró interés ninguno en quedarse con la propiedad, ella estaba más acostumbrada a la ciudad, a los viajes de la tercera edad y a salir a tomar café con sus amigas. Mi padre murió hace tres años. Un cáncer de pulmón, aún era joven.

Decidimos empezar a hacerle unos arreglos a la casa, nuestra idea era tener hijos pronto, por lo que éste, era un objetivo.

Los muros de piedra tan grandes que eran imposibles abarcar con las manos, los techos de madera, la chimenea de piedra y ese olor a leña, a bosque, a naturaleza, le daban ese toque de lugar mágico.

Si cerraba los ojos, lo único que percibía era el sonido del silencio, como yo lo llamaba. Absoluta paz y armonía, nada me hacía pensar que ochenta años atrás, aquellos caminos, aquellas sierras, fuesen escenario de una cruel batalla, escondite de aquellos hombres que huían de sus iguales cual conejo huye del zorro. Ni por un momento pensé, que ese silencio, y esa paz, la habrían roto años atrás los fusiles y mosquetones, los gritos de los soldados, la petición de clemencia de los civiles implorando caridad tras ser apresados, nada de eso me hubiese preocupado de no ser porque Rafael Madroñal, se encargó de hacerme llegar a mí, su historia. La historia de su amada Juana.

Llegaba la primavera de dos mil diecisiete. Un sábado, después de comer, Pedro y yo nos encontrábamos paseando por aquellos caminos, decidiendo cómo haríamos la reforma (al final siempre era lo que él quería) la casa estaba bien, pero con más de cien años de antigüedad, ya necesitaba algunos arreglos, y lo peor eran los techos de madera, las paredes de piedra encaladas, aunque todo se mantenía a prueba de huracanes, debíamos darle un toque de lija y pintura. Decidimos hacer nosotros la reforma, quitar algunas tablas podridas y cambiarlas por otras nuevas, caer algunas paredes con humedad y pintar, eso sería todo, así conservaríamos la esencia del lugar, con más de un siglo guardando historias.

Así pues, deseando poder irnos a disfrutar de aquella paz, en cuanto pudiésemos, no tardamos ni una semana en ponernos en marcha, herramientas en mano, comenzamos nuestra pequeña reforma, eso es lo que pensé que sería, una pequeña reforma, tras la cual, tendríamos esos fines de semana de desconexión, luego tendríamos hijos y así, mi vida sería como la pensé, o como Pedro la pensó para los dos.

Él quiso encargarse de arreglar las paredes, quitar humedades y pintar lo q ya estaba en calado. Yo me encargué de las maderas de los techos.

Aquella casa, como todas las del lugar en kilómetros a la redonda, tenían la misma distribución. Al entrar, un salón muy grande que lo ocupa todo, con unos muebles hechos de piedra que se suponían muebles de cocina, dos habitaciones más y un pequeño aseo, todos con puertas abiertas hacia aquella gran estancia, que se dejaba caldear por esa chimenea de piedra, que aún conservaba colgados en su tiro, esos jarrillos de cobre, en los que tantas veces mi abuelo, y tal vez, los antiguos propietarios, habrían bebido vino, café o cualquier bebida que les permitiera entrar en calor en esos fríos inviernos serranos.

Comencé restaurando las maderas del techo de la habitación que se suponía de matrimonio. Quitó varias tablas, estas tenían gran cantidad de polvo y astillas de madera, que tendría que lijar, por lo que decidí quitarlos todos para restaurarlos como se merecían, así, las dejaría listas para muchos años más. Aquella era madera de la buena. No había quitado ni cinco tablas cuando del techo cayó algo, me dio en la cara, estaba todo lleno de polvo. Me llevé un susto de muerte ¡no me esperaba que nada me golpeará de semejante manera! Bajé de la escalera, me sacudí las telas de araña de la cara y fui al baño para mirarme si lo que fuera que me había golpeado, me pudo hacer alguna herida. ¡Sentí el pómulo y la nariz como si me lo hubiese roto! No reparé en lo que había caído del techo (supe que era una caja tras desempolvarla a conciencia), era lo que menos me importaba. Pasado un rato, y tras haberme revisado la cara, haber bebido y limpiado con agua la pequeña herida, me cercioré que no tenía nada roto y volví a la habitación a seguir con la tarea. Me detuve ante el objeto, lo cogí del suelo y lo limpié, era una caja de lata, tras limpiarla lo mejor que pude, leí con dificultad por el estado de conservación

(estaba muy oxidada), una frase en inglés «The Three bears». La abrí esperando encontrar joyas, dinero antiguo, o tal vez el mapa de un tesoro. Cuando despejé mis dudas ¡sólo había papeles!, en ese momento me decepcioné. Pero me senté en el suelo de la habitación, por la que entraban unos rayos de sol deslumbrantes y con el sonido de fondo de Pedro golpeando paredes cercanas (la alacena de la cocina), me entretuve a leer, pensando que quizá eran de una gran historia de amor, tal vez fugitivo, que pudo tener mi abuelo, o abuela... o quién sabe.

Sólo había cartas, algunos recortes de periódicos muy antiguos, y lo que parecían ser, tickets o billetes de algo. Y en el fondo, aún más oxidada que la lata, un imperdible, con la imagen de lo que parecía ser una virgen, estaba tan deteriorada, que no acerté a saber qué era. Cogí la primera carta que estaba en la caja.

Capítulo 2. La Huida

«Siete de febrero de mil novecientos treinta y siete.

Querida Juana,

Seguimos en la huida. No sé muy bien por dónde vamos. Esta noche tendré que dormir con la imagen más cercana de la muerte instalada en mis ojos. Caminábamos por el borde de la carretera, desde algún lugar de estas sierras nos han disparado. Yo acerté a esconderme entre matorrales, tuve suerte que la metralla no me alcanzó. A mi lado, una moza con su niño de apenas días, en brazos, lloraba desconsolada, al otro lado cuerpos inertes tirados, sangre tiñendo aquellos caminos, padres que tapaban el rostro de sus hijos a la vez que corrían despavoridos, en las pausas de los disparos. Querida Juana, fue un horror. Niños y más niños con la mirada perdida, sucios, desorientados, hambrientos, otros, con otro tipo de suerte, yacían boca abajo o de lado, sin dejar ya que entrara en sus pulmones, el polvo y la tierra de ese camino, porque habían dejado de respirar. Mujeres mayores que se dejaban morir, hombres que no se resignaban a dejar de pelear.

Mi amada Juana, no sé cómo haré para saber de ti, te escribiré una carta cada día y trataré de hacértelas llegar cuando esté en Almería, allí nos han dicho que estaremos a salvo. Nos llegan pocas noticias, sólo sabemos que Málaga está siendo tomada, estamos condenados a morir, a un lado u otro de la trinchera.

Hoy, sólo hemos podido comer habas, con el tiroteo y la huida aún más precipitada, no hemos podido parar más, el frío nos está debilitando a todos. El camino es duro, pero llegaré y en cuanto pueda iré a buscarte.

Una niña que perdió a su familia durante la estampida, ha estado casi todo el día junto mí, la cría tendrá unos cinco años, lloraba desconsolada, había perdido un zapato, como he podido, arrancando un palmito, le he podido hacer algo parecido, y se lo he amarrado al tobillo, y al pequeño empeine de su pie, pensé que así le amortiguaría los pinchazos de las piedras, el piececito lo tenía despellejado, son casi dos días de camino, para ser tan pequeña es demasiado. Ella me miraba agradecida, pero no he conseguido que me hablara, ni me dijera sus años, ni su nombre. Casi con la noche encima, he oído los gritos desesperados de una mujer y luego un hombre, gritando el nombre de Manuela, ella reaccionó abriendo sus grandes ojos aún más si cabía, enseguida comprendí que eran sus padres quienes la llamaban desesperados. Salí corriendo con la niña en brazos, seguía sus gritos, con el viento de la montaña en contra, me resultaba difícil percibirlos, hasta que los encontré, se hallaban sumidos en total desesperación, la mujer, embarazada casi para dar a luz, cuando me vieron aparecer con su hija en brazos, se vino su padre corriendo hacia mí, y casi como si yo fuese el mismo demonio, me la arrebató con furia, me miró, miró a Manuela. Sólo acerté a decirle que el zapato ya lo había perdido cuando la encontré, los ojos de su madre, enterrados en lágrimas y polvo del camino, morados por el frío y por su avanzado estado de gestación, me agradecieron que salvaguardara a su hija. De las pocas habas que pude conseguir para mí, le he dado a ella. Apenas he comido, y el cuerpo se resiente, pero llegaré, y viviré sólo para verte de nuevo. Amor mío, tu recuerdo y el sentirte conmigo me hacen seguir adelante. Esta noche, cuando pare para intentar dormir un poco, rezaré por ti y por tanta gente como quedó hoy en el camino

Siempre amor.

Rafael Madroñal»

Así fue como conocí a Rafael Madroñal, quien, a lo largo de sus cartas a su querida Juana, fue capaz de relatar el cruel genocidio que vivieron durante nuestra guerra civil, algo totalmente desconocido para mí, y que, a partir de ese día, ha formado parte de mi vida y de mi historia.

Se me había olvidado que Ramón estaba arreglando las paredes contiguas a la estancia donde yo me encontraba, se me olvidó que tenía que reformar el techo. Leí esa carta y en un instante se paró mi mundo. ¿Quién era ese hombre? ¿Quién era Juana? ¿De qué huida hablaba esa carta? Me impactó tanto lo que leí, que apenas pude reprimir ese sentimiento que me oprimía el pecho de repente, como un terremoto, que en cuestión de minutos hizo temblar mi mundo. Tenía ante mis ojos un testimonio escrito, real, de un momento de nuestra historia, que un hombre, al que yo no conocía de nada, me estaba contando a través de sus cartas, tal vez de amor, tal vez de despedida a su querida Juana.

— ¡Pedro! ¡Pedro! —el pum pum dejó de sonar en la pared contigua.

— Dime María

—Ven, necesito enseñarte lo que he encontrado —Estaba emocionada, casi más enamorada aun cuando acabé de leer la carta donde a él, a pesar de su dolor, lo único que lo mantenía con esperanza era ella.

Se lo conté a Pedro, estaba tan emocionada, que más pareciera que hubiese encontrado una colección con siglos de antigüedad de monedas de oro. Pues no, no lo eran, pero para mí el valor de aquellas palabras, porque no eran letras, eran

palabras de un hombre roto, inocente, desesperado, tenían mucho más valor que cualquier objeto.

—Anda deja eso cariño, quémalas, los pobres ya no estarán entre nosotros seguramente, para qué recordar tanto dolor —fue su única respuesta.

Se marchó, frío. Pues yo las iba a leer todas.

Aquella caja de lata con la inscripción “The Three bears” pasaría a formar parte de mi mesilla de noche, y cada carta, parte de mi vida, así, desde ese momento, Juana y Rafael, formaron también parte de mis sueños.

Ordené las cartas por fecha.

El seis de febrero de mil novecientos treinta y siete comenzó su huida, fue la primera carta que escribió para Juana.

Cada noche, durante un tiempo, me coloqué tras las trincheras, reviví en la piel de Rafael Madroñal, su miedo. Me pude trasladar a la sierra de Málaga, visité Adra, y sentí el frío del treinta y siete. Ese frío, mezcla invierno serrano y terror desmesurado. Amigo Rafael ¡cuánto miedo debiste pasar cuánta incertidumbre! no saber nada de tu amada Juana, no saber qué sería de ti en aquel camino, aquella vil batalla, perdida de antemano, fue así, la forma más cruel, que pude conocer de nuestra historia.

Cada noche, tras un duro día de trabajo, cenar con Pedro, como siempre, y ver algo la tele (poca cosa) me iba a la cama a leer. El momento de sentirme Juana. No sólo leía las cartas, empecé a investigar, y a leer mucho sobre la guerra civil, sobre todo, me interesaba todo lo que aconteció en mi Andalucía, ahí es, donde Rafael vivió

esos días imborrables en la memoria de cualquiera, que tan sólo, los conociera de oída.

Capítulo 3. El Camino

«Ocho de febrero de 1937

Querida Juana,

Hoy no me acompañan las fuerzas. Por lo que nos han dicho unos aldeanos de las casas que hay en el camino, estamos llegando a Almuñécar, amor mío, no

podría ni en una vida entera, describir lo que estamos sufriendo en este infernal camino. Hoy ha tres días que no bebo, esta mañana conseguimos comer cañaduz, algo para reponer energías. Las mías están agotadas.

Camino junto a Miguel Bautista, lo he conocido esta mañana, lo acompaña un bebé de apenas semanas de vida, su hijo. La madre ha caído en este camino. Junto a la costa aparecieron barcos y nos han disparado con ametralladoras, su querida esposa Carmen Cervantes, ha muerto. Vi cómo era alcanzada por la metralla, cuando estaba de espaldas al mar, amamantando a su pequeño hijo, sentada en una piedra. Miguel no tiene consuelo, su bebe no tiene consuelo. Querida y amada Juana, no puedo dejar de llorar. Intento pensar que estás bien. Hoy venían las mujeres caminando muertas de miedo, hasta ellas han llegado los horrores, la barbarie que se ha cometido, en las vecinas ciudades de Ronda o Antequera. Cuentan que vinieron los moros y violaron, vejaron e incluso mutilaron a aquellas de las que se sabía, eran comunistas. Según dicen se han llevado a muchas en camionetas, camino de la sierra, nadie sabe qué han hecho con ellas, iban niñas, y mujeres mayores. Querida mía, muero de pensar que alguna desgracia semejante pudiera haberte pasado, aunque imagino que tú estarás a salvo. Me martirizo pensando que alguien pudo haber sabido lo nuestro antes de mi partida a la escuela de Málaga. No puedo con este dolor, no olvido la noche que te prometí que, al regresar del año escolar, nos íbamos a casar, volvería a Sevilla y te traería conmigo a mi Málaga. Escribirte cada noche, es hacerte sentir más cerca, imagino que me lees, y lloras, pero luego llego yo, y ya no hay guerra, ni huida, te abrazo fuerte...Duele más mi corazón, que mis pies hinchados y ulcerados. Juana, quisiera que me abrazaras para dejar de sentir este frío tan intenso, el que me hace tener esta curvada letra, necesito saber que estás

viva. Te prometo que seguiré en pie, llegaré a Almería, y volveré por ti a Sevilla, no sé cómo te haré llegar estas cartas, pero léelas y destrúyelas amor mío, nadie debe saber de nuestro amor hasta el fin de esta sangría. Vida mía, debo dejar de escribir, el hijo de Miguel no para de llorar y su padre está ido de dolor, roto de amor. No habla desde esta mañana. Miguel nunca borrará de su mente haber visto a su esposa tirada, cual hembra de jabalí abatida a tiros, allí la dejó, le cerró los ojos que permanecían abiertos de horror, le cubrió la cabeza con una de las sabanitas que tenían envuelto al niño, como queriendo dejarle el olor de su bebé, impregnado para siempre, y allí la tuvo que dejar, como una piedra más en el camino.

Le procuraré a su hijo una madre nodriza para que lo amamante un poco. Hay una mujer que dio a luz días antes de esta huida que emprendimos ha ya tres días, viaja con nosotros, la buscaré y calmaré el hambre de este pequeño.

Siempre tuyo hasta la eternidad

Rafael Madroñal»

Con cada letra, mis lágrimas asomaban más a mis ojos, no podía leer. Recorrían mi cara abajo hasta llegar a mi boca, noté ese sabor a sal, literalmente, me bebía las lágrimas. Con el corazón en un puño, sentí por unos momentos los llantos de ese niño, el dolor de su padre y esa pena tan grande de dejar a su esposa allí, sin poder darle si quiera, cristiana sepultura.

Hacía varios días que empecé a conocer esta historia, o tal vez, dicho más adecuadamente, estas historias y cada vez me intrigaba más saber quiénes fueron sus protagonistas. Investigué a través de google. Pregunté a vecinas, de cierta edad, que pudieron haber conocido detalles de la guerra, incluso le insinué a mi madre que

ella pudiera conocer la procedencia de aquella caja, puesta a buen recaudo, hacía ya, bastantes años. No me sorprendí en absoluto, cuando mi madre, no mostró interés en mis preguntas, sólo me dijo «que sus abuelos, de procedencia francesa, compraron aquella finca después de la guerra, sobre el año mil novecientos cuarenta y cuatro, y que aquellas cartas, ya estarían allí. A saber, de quién»

—¡Olvídate María! —me reprochaba siempre mi madre —eso de querer saber sobre esa historia es un capricho tuyo. ¡Deja en paz a los muertos! —sus palabras me hirieron profundamente.

Mi marido tampoco estaba de acuerdo con mi actitud, él no quería que me entretuviese en desenterrar el pasado, y me decía «que tenía más de qué preocuparme en el presente». Si me veía ojeando la caja de las cartas, se enfadaba, se acostaba y apenas me hablaba. Hubo un momento que pensé «Querer, es quererte libre» y me cambió la manera de ver el amor, pero lo más grave es, que, hasta ese momento, cuando leí la primera carta de Rafael a su amada Juana, para mí, esa actitud dominante y controladora, era un acto de amor y preocupación.

Había muchas palabras, frases y momentos en los que, Pedro denotaba que él era quien decidía por los dos, aunque mi mente no guarda esas situaciones, por haberlas normalizado tanto, que pasaban a ser parte de los más frecuentes momentos durante nuestra relación. Porque él ya tenía nuestro plan de futuro. Mi plan de futuro. Tendríamos hijos, después de adecentar un poco la casa de campo, trabajar, irnos de relax a dar paseítos por la sierra de Aracena, enseñar a nuestros niños a montar en bici y ver la tela todas las noches un rato antes de ir a dormir. Sin embargo, hacía algunos días, que yo me estaba conociendo. Poco me importaba ya que se enfadase, yo necesitaba saber más, descubrir quién era Juana, y quizá, sin darme cuenta, también necesitaba saber quién era yo...

Así que, seguí empapando mis sueños de sus historias, y mi visión del amor más puro, ese, que él describe por encima de cualquier guerra, de cualquier situación, ese amor que te mantiene en pie, aún cuando por tus venas, corre más sangre muerta que viva, cuando ya no sabes si tu corazón late, o más bien, vibra por el movimiento del camino, ese, que recién estaba descubriendo a mis treinta y cinco, en todos los sentidos.

«Nueve de febrero de mil novecientos treinta y siete

Querida Juana,

Amor, estoy desfallecido, en estas líneas que te escribo estoy empleando mis últimas fuerzas de hoy. No puedo más. Ya no debemos estar lejos de Almería. Voy descalzo, mis zapatos se los dejé a un chico que caminaba a nuestro lado, debe tener unos doce años, con los pies llenos de ampollas a punto estuvo de abandonar el camino. Hemos tenido que adentrarnos en la sierra, no nos dejaban los disparos por aire y por mar. De tantos que empezamos el camino hace cuatro días, ya quedamos menos, y cada vez, perecerá más gente, si esto se alarga mucho. El frío de febrero nos está matando, apenas tenemos una manta, llena de piojos, para cada dos o tres, hoy no he podido comer nada, hubiese dejado que me abatieran con tal de conseguir un trozo de pan, tengo sed. He pensado de todo, dejar que me apresen, volver a Sevilla, e incluso ponerme a tiro y que Dios haga su voluntad, pero pienso en ti amor mío, en que me estarás esperando, y vuelvo a caminar.

Sigo al lado de mi amigo Miguel Bautista, su hijo es amantado una vez al día, junto a nosotros va una madre joven que aún da de mamar a su hija de un

año. La otra madre de la que te había hablado, que tenía un bebé de días, murió el mismo día que la mujer de Miguel, la busqué durante horas, hasta que un hombre, ya mayor, me dio la noticia. Nadie sabe qué pasó con su hijo. Nadie sabe nada. Es la ley de la supervivencia. Si conseguimos algo de comer, por poco que sea, se lo damos a la mujer que amamanta al hijo de Miguel, para que tenga leche. Nosotros, estamos consumidos. Todos tenemos miedo, los niños no paran de llorar de hambre, de frío, los padres no saben cómo calmar ese dolor. El hijo de Miguel llora y llora. Yo estoy seguro que él piensa en su madre, al igual que yo pienso en ti amada mía.

Mientras te escribo esta carta, oigo de lejos a una madre rota de dolor llamando a su hija, hace muchas horas que la perdieron en el camino, cuando ella se alejó a coger unas pieles de habas, para poder tener algo que llevarse a la boca, dejó a la mayor al cuidado del pequeño de dos años, al niño lo encontraron solito, sentado en el camino, llorando. De su hija mayor nadie sabe nada. Es un cruel sin sentido que arrastra todo a su paso.

Juana, querida Juana, he de descansar un poco, lo que el frío y los gritos desgarradores de quién ha perdido lo más grande, me dejen, en un rato, si Dios quiere, emprenderemos de nuevo el camino antes del alba, cuando es más seguro caminar protegidos por la oscuridad de la noche. Me despido, hasta mañana amor, deseando poder abrazarte, cada segundo de mi existencia.

Siempre tuyo,

Rafael Madroñal»

Capítulo 4. La última Carta

Mi querido Rafael, ¡cuánto me haces sentir tú a mí con esas letras! De repente, al sentir las como mías, al ponerme en esa piel, vivir tan de cerca esa guerra, desde la calidez de mi vida, se tambaleó ese mundo que, quizás yo, o quizás otros, habían construido para mí, lo cierto es que, tras sentir ese frío, esa punzada en el pecho al revivir ese horror, algo me cambió por dentro.

Cada noche, me acostaba y comenzaba a llorar, todo lo que antes tenía sentido, de repente lo perdí. Mi trabajo, de agente comercial en una inmobiliaria, pasó a segundo plano, durante mucho tiempo, yo, siempre carismática, alegre y con ganas de hacer tantas cosas, me planteé, si aquello que hacía, era lo que de verdad deseaba hacer.

Hubo un momento en el que me planteé buscar, investigar y sacar a la luz aquella historia, me intrigaba pensar quiénes fueron esas personas, y por qué estaba aquella caja en las tablas de una habitación, tan bien escondidas, y sobre todo ¿Qué significaba aquella casa de Aracena que un día fue de mi abuelo, en medio de esa historia?

Pensaba mucho, sobre todo, traía a mi vida acomodada y caprichosa, las desgracias vividas por aquella gente, me preguntaba si verdad mi madre y Pedro, eran lo que yo consideraba buenas personas ¿Cómo podían permanecer impasibles ante ese horror? No podía ser. No imaginaba, que ese dolor que Rafael sentía se pudiera ignorar, yo quería saber de él, quién fue, dónde estaba, si podría estar vivo tendría más de cien años, pero era posible, si pudiese verlo, lo abrazaría tan fuerte, como él hubiese abrazado en aquellas noches de huida, a su querida Juana.

Me parecía estar sola en mi mundo, en mi nuevo mundo, pero en cierto modo, me sentía feliz, porque por primera vez en mi vida, era mío todo lo que sentía, tan mío y tan real, como nunca antes, y esto, me llevó a pensar, si de verdad tenía la vida que quería.

«Once de febrero de mil novecientos treinta y siete

Querida Juana,

Los horrores de esta guerra están haciendo estragos en mí, la vieja talega que me acompaña donde guardo tus cartas, amor mío, me la dejé ayer donde hicimos un descanso, sólo llevo en ella papeles, que pude coger de la escuela antes de salir corriendo, y una pequeña pluma, pero están en ella tus cartas,

mis miedos, no podía perderlas, tenía que hacértelas llegar. No fue hasta que me senté a escribirte tu carta de cada noche, cuando me percaté que no la llevaba, creí volverme loco. Lloré sin consuelo, así como lo hacía el hijo de Miguel. Era lo que tenía, la única forma de sentirte cerca, de sentir que ibas a saber cuánto te necesito, a través de estas letras que te escribo, te abrazo con cada palabra. Pasé la noche entre dormido y despierto, mis esperanzas, las pocas que me quedan, estaban agonizando, al igual que agoniza mi vida. Hoy, en la mañana, un pequeño niño de unos diez años que va siempre muy cerca nuestra en este camino de prófugos, sabiendo que la talega siempre la llevaba yo, la recogió y me la ha guardado hasta encontrarme. No sabes lo que sentí cuando vi esta vieja bolsa de tela, donde en otros tiempos, portaba libros para dar lecciones a niños, que, como Antonio (el chico que me la ha recogido del camino) debían forjarse como hombres de bien. Imagino que he sentido lo mismo que los padres de Manuela, cuando me vieron aparecer con ella en brazos. Poder volver a coger las cartas ya escritas, saber que seguían siendo nuestras cartas, y de nadie más, pensar que podía seguir contándote esta andanza, en la que me aventuré por peligrar mi vida, y, sobre todo, querida Juana, sentir que estaba un poco más cerca de Sevilla, de tu lugar. Hay momentos que me siento tan dolorido, cansado, hambriento, rendido, que sólo pienso en dejarme morir, es entonces, cuando sólo pensar que debo hacerte llegar esta historia, me mantiene en pie, y aunque pereciera en el intento, pondré a buen recaudo mis escritos, para que algún día puedas leerlos frente a la lumbre, y si Dios quiere, lo haremos juntos.

Querida mía, anoche más que nunca, cuando no tuve como hacerlo, quise escribirte, desahogar el dolor que me consumía. Presenció como un chico de unos catorce años, le dio sepultura a su hermano menor, que no alcanzaría los

tres. El chaval se encontró un pequeño cantarito que tenía agua, y quiso beber, pero al ver al pequeño llorando de sed, se lo dio, aquel niño no dejó ni una gotita, horas más tarde enfermó de muerte. Iban solos. Quedó la escena grabada en mi retina y en mi memoria, de por vida. Quise acercarme a consolar al chaval, y mientras avanzaba hacia él, pensé que no tenía sentido, no sabía qué decir ¿Lo siento? No, eso no era suficiente ¿Necesitas ayuda? ¡Claro que necesitaba ayuda! necesitaba que no hubiese existido esta maldita guerra, y que sus padres estuviesen con ellos... Como no encontré qué decir, me di media vuelta, y seguí mi camino. Dios se apiadaría de él, y le daría conformidad. Eso lo he pensado, para conformarme yo.

Mañana tenemos pensado llegar a Almería, si nos dejan. Hoy, un médico inglés, un buen hombre que ha puesto su vida en juego, ha ido a lo largo de la carretera recogiendo a los que peor estaban, se han llevado muchos niños y alguna madre desfallecida, Angelita, la joven que amamanta al hijo de Miguel ha decidido quedarse, para poder mantener con vida al pequeño, hasta llegar a la capital. Nos han dicho que estamos cerca, mañana llegaremos. Es muy duro todo amor mío, cien vidas que viviese, no me darían para poder describir este horror, ni el miedo, ni la desesperación. ¡Juana, oh Juana lo que diera por verte! Si te viera una vez más, podría morirme ya.

Siempre tuyo hasta la eternidad,

Rafael Madroñal»

Llorar, solo podía llorar, seguro que ya ninguno estaba entre nosotros, y si lo estaban ¿Dónde? Sentía la necesidad de abrazarlos, darles calor, cerrar los ojos y creer que nada de eso hubiese pasado, pero pasó. Ya habían pasado ochenta años de aquellas vivencias, y aquí estaba yo, sintiendo el frío de aquel febrero, pudiendo

escuchar los gritos de dolor a través de Rafael madroñal, pero, sobre todo, llenándome de ese amor tan puro que me hacía sentir como irreal todo lo que me rodeaba. No sé por qué, pero encontrarme aquella caja de lata, con la inscripción «The Three bears» repleta de sentimientos, avivó algo en mí, que desconocía. De repente, haciendo una pausa en mi ajetreada vida, me di cuenta, lo superficial que era todo lo que me rodeaba, carente de sentido. Si miraba a mi alrededor ¿qué había? Una vida completamente planificada. Absurda. Dirigida por un guion que, sin darnos cuenta, escribíamos en las líneas de nuestro subconsciente.

Hija única, con el dinero suficiente para vivir bien, sin ambiciones conocidas. Feliz (o lo que yo creía que era felicidad) pero ver la vida desde otro ángulo, me permitió plantearme, si la felicidad tal cual yo la conocía, era la que a mí realmente me llenaba, y tal vez, me llevó a preguntarme, si eso era lo que yo quería. Pedro me acompañaba en la vida desde los veintitrés años, me gustaba estar con él (eso creía yo), a ratos me divertía con él. Me di cuenta, que todo era un montaje superficial. Pero realmente ¿estaba enamorada de él? o simplemente era una parte de lo que estaba escrito para mí ¿Sentía eso que Rafael Madroñal le expresaba a Juana? No. No sentía que me quemaba el pecho si no lo veía, no me ilusionaba la idea de volverlo a ver, ni mucho menos me hacía sentir viva. Estaba tan vacía, que cualquier atisbo de felicidad, a mí me parecía, que me hacía sentir esa plenitud, de la que otros presumían, aunque en realidad, creo que no es cierto. Sólo unos pocos afortunados, descubren su verdadera esencia, los que no parecen felices porque no tratan de demostrar que lo son, esos, saben cuáles el secreto de la felicidad. Creo fielmente, que sólo unos pocos, antes de llegar a la etapa final de su vida, habrán conseguido eso de lo que todos presumen, no muchos sabrán para qué están aquí y pondrán en marcha ese camino que los llevara a la plena satisfacción personal. Yo,

desde el día que me cayó la caja encima, quise hacerlo, como me estaba enseñando Rafael.

Lo descubrí a mis treinta y cinco. Ser agente comercial de una inmobiliaria, pero no una más, si no la mejor agente, me hacía pensar que había una parte de mí, que sí podía utilizar en este camino que iba a emprender, y era mi capacidad de transmitir, esa misma capacidad que tuvo Rafael Madroñal. A partir de ese momento, decidí buscar mi esencia. Saber si, realmente, Pedro era un espejismo de felicidad o si, por el contrario, era mi mitad, saber si mi misión aquí era vender muchas casas, o tal vez...otra. Saber, y con saber más me conformaba para avanzar.

Mi madre, que vivía su vida como podía, a veces mejor y a veces peor, pero siempre cómodamente, aunque atada al benzodiazepina, me dijo un día, que nunca tratara de parecerme a ella, porque ella, no fue feliz. Esto me lo transmitió siendo adolescente, y creo que, en parte, y aunque de manera inconsciente, sus palabras me marcaron ¿Cómo se puede pasar por la vida sin tener un sentido por el cual seguirla? Ahora sé, que no se puede, que no se debe, que todos debemos ir en busca de aquello que nos haga vibrar, que nos haga sentir ese encogimiento placentero de estómago, ante una situación, que nos provoque una liberación masiva de endorfinas, porque eso es, realmente, lo único que nos va a llevar a vivir plenamente. Así, Rafael Madroñal, mantuvo su mente y su cuerpo, sólo pendientes de encontrar a su amada Juana, para poder sentir junto a ella, este amor tan puro en medio de trincheras.

«Doce de febrero de mil novecientos treinta y siete

Querida Juana, amor mío. Quizá esta sea la última vez que pueda usar mi pluma para escribirte y contarte, cómo voy muriendo minuto a minuto. Ya no puedo seguir en pie más tiempo, estamos agotados, exhaustos, rotos. Hemos llegado a la provincia de Almería, por fin estamos en nuestro destino. Esta mañana, cuando emprendimos el camino, sucedió un horror del que no me borro las imágenes de la cabeza, ni nunca me las borraré. Iniciamos la marcha antes del amanecer, sin haber comido ni dormido casi nada, con nuestros cuerpos más entregados a Dios que a la falange, no podíamos dar un paso, sin que nos pareciese que iba a ser el último, había silencio, sólo el sonido que hacían nuestros pies, arrastrados por aquel camino de tierra y piedras nos acompañaba en la marcha, de repente alguien gritó «¡Corred, corred, vienen los barcos, nos van a tirar, correr todos!» ¿Qué corramos? Yo no podía andar. Como una estampida humana, muchos de los que estaban allí, se escondieron detrás de una loma para guarecerse de las bombas, Miguel intentó entrar con su pequeño hijo, al ver que no cabían todos, me lo dio, en un último intento de salvar su vida. Corrí con el niño en brazos y me tiré tras un pedregoso montículo que formaba una pequeña cueva, en la que, con suerte, nos pudimos esconder cinco personas. Oímos un estruendo, seguido de un temblor, no hubo gritos, ni llantos. Nada. La polvareda nos impedía ver, ni si quiera respirar. Siguió el bombardeo, y esperamos, refugiados, como se refugian las liebres del cazador. Pasado un tiempo prudencial, nos aventuramos a salir, lo que mis ojos retuvieron en aquel instante, me acompañará hasta el día de mi muerte, no te describiré el horror querida mía. Uno de los proyectiles, tuvieron el acierto de lanzarlo, justo dentro de aquel agujero echo en la loma, en el que se habían hacinado como unas quince personas, entre ellos, varios niños. Imagínate qué suerte corrieron. No llegué a reconocer a Miguel, mi amigo

Miguel, que me confió su más preciado tesoro, lo único que le quedaba en la vida. Así que ahora, querida mía, me mantengo en pie por ti, y por llevar a este niño a un lugar seguro. Él no se acordará de nada cuando sea mayor (porque vivirá), pero el infierno que está pasando, sólo Dios sabe, que muy pocos son capaces de resistirlo. Querida mía, afligido, rendido y sin más fuerzas, ni esperanzas, más que las pocas que me dan pensar en ti, estoy en un campamento, con más gente que ha ido llegando, nos vamos a instalar en acampada, buscaré quien pueda quedarse con el niño y...»

¿Y qué? ¿por qué Rafael Madroñal no escribió más en esa carta? ¿Qué quiso decir? No se despidió de su amada Juana, la última letra, esa y griega se estiraba tanto que pareciese que el brazo no le respondía, ¿el comienzo de esa carta era premonitorio, o tal vez Rafael sabía de lo que hablaba? No, Rafael no se iba a rendir.

Yo había estado ordenado la caja, y pensé que todas las cartas tenían final, ¿no sabría qué pasó? Me acurruqué con la carta sobre mi pecho, lloré tanto que me quedé dormida. Me despertó Pedro, vociferando mi nombre de mala manera.

—¡María, creo que vas a llegar tarde a trabajar! —sólo eso, quería que me levantara para ir a trabajar, sin molestarse en preguntarme qué me pasaba. Pero a mi aquello, me había sobrepasado de manera inexplicable, como si todo lo que yo conocía, lo que me rodeaba, estuviese carente de sentido, necesitaba saber qué pasó, quería conocer aquella historia que tanto me había impactado, por lo que, decidida a saber más, a conectar conmigo misma, y a encontrar, no sólo la verdad de Rafael Madroñal, o de su querida Juana, si no la mía, me decidí a poner un punto y parte en mi vida, y pensar.

A veces se necesita desconectar del todo para conectarte contigo misma. Y con lo que está por llegar. Aquella mañana me fui a la inmobiliaria, decidida a hablar con Fran, jefe de mi departamento, y explicarle que necesitaba tiempo, vacaciones, excedencia... no sabía exactamente, el número de días que me llevaría volver a encauzar mi vida. No me puso problema alguno, pensó que no era mi mejor momento y me dijo que en unos quince días hablaríamos a ver qué tal.

Aquella primavera de dos mil diecisiete, sin duda, marcó mi vida, aquella hora que decidí quedarme con la vieja casona de la sierra, heredada, aquel momento que decidimos reformarla, y aquel instante en que la caja metálica que contenía las palabras de Rafael Madroñal, llenas de dolor y amor, los sentimientos hacia su amada Juana, quiso buscarme a mí, para que conociera la historia, o tal vez para encontrar a quien debía conocerla, dieron un nuevo sentido a mi existencia.

Capítulo 5. Buscando la Historia

Decidida más que nunca a cambiar mi vida, hablé con Pedro, le pedí también a él un tiempo, quería estar sola, pensar en todo aquello. Estaba en esa etapa de la vida en la que necesitas volver a coger aire, para seguir adelante, respirar, pensar.

Necesitaba buscarme, encontrarme a mí misma, dejar de ser una marioneta, movida por los hilos de una sociedad, tan previsible y establecida, que me impedía ver más allá de lo que ya estaba escrito que se debe hacer. No se lo tomó nada bien, trató de impedir que lo hiciera, pero esta vez no, no iba a ser él quien decidiera por mí.

Cogí el coche y me fui a Aracena, me acompañaba la ilusión, algo para poder comer durante un fin de semana, y la caja metálica que iba de nuevo al lugar donde comenzó la historia. Aquella noche, sentada en el sofá, con una manta, que me apartaba de la fresca noche primaveral de la sierra, y una taza humeante de poleo menta con miel, volví a coger las cartas y algunos papeles recortados de algún periódico de la época, y poco más que figuraban también dentro de la caja, con la esperanza de que ellos me dieran alguna pista de lo que pudo haberle sucedido a Rafael Madroñal.

Me desilusionó descubrir que, había un billete de tren que no acertaba a descifrar. Poco legible por la mella que, el tiempo, y la humedad habían hecho en la antigua

tinta. Lo intenté, a la luz de foco de salón, subiendo el papel, como hacen los médicos cuando quieren interpretar una radiografía, fijando los ojos hasta casi quedar ciega...pero nada, me cansé de buscar sin obtener ninguna respuesta, así que, cogí el móvil, para evadirme un rato de aquella historia. Hasta que se me ocurrió una gran idea. La maravillosa tecnología del siglo XXI Google. ¡Claro! Pensé en descifrar, al menos, algunas de las letras legibles del desgastado papel, y lo demás, trataría de completarlo con el buscador de secretos universales. Y así lo hice, una investigación más propia Sherlock Holmes, lupa en mano y linterna del Smartphone dando luz a aquella escena, conseguí ver parte de ese misterioso ticket de tren «Moli...0,90...» y el grabado, muy a duras penas, pude interpretar que ponía una fecha, parecía ser «27JUL1937». Algo era algo, al escribir en el famoso buscador «billetes de tren mil novecientos treinta y siete» y la palabra clave «Moli» lo tuve claro, Rafael viajó a Molins de Rei, un pueblo catalán, cinco meses después de aquella carta.

Esa noche me acosté soñando con el tren, me imaginaba el duro viaje, pensé, que tal vez, estuvo herido durante el trayecto, o quizá, le habían llegado noticias de su amada Juana, tal vez fue apresada, o asesinada, como tantas otras... todo esto era algo que yo me imaginaba, pero no era más que, producto de mis ansias por completar la historia, que, había empezado con aquella carta el seis de febrero de mil novecientos treinta y siete.

Tuve una idea, el lunes llamaría al ayuntamiento de aquella población, y preguntaría por el apellido, quizá Rafael se quedó allí tras su huida, y tal vez echó raíces, o quién sabe, lo mismo consiguió encontrar a Juana y se refugiaron en tierras catalanas...Fuera lo fuese, lo tenía que averiguar.

Cuando el lunes llamé al ayuntamiento de Molins de Rei, y mientras hacía los tonos de llamada, pensé que me dirían que, efectivamente, allí vivía Rafael Madroñal, junto con su familia, que él ya había muerto siendo un ancianito de noventa y tantos, pero aun vivían sus hijos, a los que yo iría a visitar y les llevaría las cartas, así ellos, podrían contarme la historia al completo de su padre. Pero no, nada más lejos de la realidad. La llamada fue cuanto menos fría, a la persona del otro lado del teléfono le expliqué la historia, y lo que pretendía del ayuntamiento de Molins de Rei.

—Lo siento, yo no puedo facilitarle datos personales de ningún vecino de aquí —me dijo, y aportó la frase —Por razones obvias, yo a usted no la conozco, de nada — Pero prosiguió dándome una pista importante sobre mi investigación, que recién acababa de comenzar —Por si le sirve de ayuda, en nuestro municipio nunca ha habido ningún empadronado con ese apellido, ni actualmente, ni bastantes años atrás, lo estoy buscando mientras hablo con usted—le di las gracias y colgamos.

No encontré a Rafael, pero al menos, si sabía, dónde no iba a encontrarlo, en Molins de Rei, no estaba, ni había constancia de que hubiese estado, aunque si supe que viajó hasta allí. Vuelta a la casilla de salida, ahora qué hacía...

Decidí quedarme en Aracena una semana más, tal vez estando en aquel lugar, pensando serenamente, podría empezar a recomponer ese puzle, pero necesitaba las «piezas de las esquinas» así fue como mi abuelo Juan, me enseñaba de pequeña a hacerlos.

Fui al pueblo a comprar pan y algunas cosas para comer, la finca estaba ubicada en las afueras, pero no muy lejos, sólo me había traído para el fin de semana. La panadera, a la que yo conocía, desde pequeña, porque mi abuela, siempre me llevaba con ella a comprar, durante las largas temporadas que pasaba con ellos.

Encarna se alegró mucho de verme por allí, hacía ya algunos meses que no me veía, porque siempre que íbamos a la finca, nos llevábamos comida para pasar el fin de semana, por lo que no necesitábamos ir al pueblo.

—Pero por favor, María ¿Qué tal estás? —esa mujer, casi me saca el estómago por la garganta del apretón.

—Pues muy bien, Encarna, venía por algo de pan.

—¿Y qué te trae por aquí niña? —eso era algo, que siempre me había llamado la atención de los pueblos, todo el mundo era como una pequeña gran familia, lo más natural del mundo era que te preguntaran qué tal estabas, qué te traía por allí, y cosas sobre tu vida, que cualquiera, se atrevía a contar a cualquier vecino, sin que, necesariamente, fuese el mejor amigo. Espontaneidad, cercanía y, sobre todo, buena voluntad, era siempre lo que percibía en el pueblo.

—Pues nada Encarna, unos días de desconexión de la gran ciudad y estrés del trabajo, ya sabe... ¿Cuánto es el pan?

—Nada, otro día, este te lo regalo yo, que me ha dado mucha alegría verte.

—¡Pues muchas gracias, mujer! Ahora me verá más a menudo, suelo venirme los fines de semana, aquí se está en la gloria. —Encarna y yo reímos un rato.

—Muy bien hija, dale recuerdos a tu madre. Y muchos besos a tu abuelo, cuando lo veas.

De repente, Encarna me dio la idea, ella era lo bastante mayor como para saber algo de la historia de mi casa. Y le pregunté sin rodeos.

—Encarna ¿usted se acuerda por casualidad, si antes de mis abuelos nuestra finca fue de otro propietario o si alguien vivió en esa casa antes que ellos? Le pregunté a mi madre, pero ella dice que no sabe, que siempre recordaba a mis abuelos ahí.

—No sé hija. Siempre escuché a mis padres llamar a esa finca «La del francés» no he conocido más propietarios que tus abuelos, si antes fue de alguien no te lo sabría decir. Pero sí sé, que cuando yo pasaba por ahí con mis hermanos, para ir a buscar bellotas, tu abuelo Juan, que entonces era un mozo, ya vivía en esa casa, más tarde se casó con tu abuela Maruja, que en gloria esté, y ahí continuaron hasta que se trasladaron a Sevilla. Yo era una niña, pero lo recuerdo muy bien.

—Gracias Encarna. Hasta pronto.

—Nada María, para eso estamos, cualquier cosa que necesites ya sabes. Me ha alegrado mucho verte por aquí —y me dio dos besos tan sonoros, que siguieron retumbando en mis tímpanos durante el camino de regreso a casa.

La breve conversación con esa mujer, había arrojado poca luz a mi investigación.

Pero me sirvió para desconectar un poco, tener conversaciones diferentes a las que habitualmente estaba acostumbrada, era todo un alivio.

Capítulo 6. El viaje

Veintiocho de mayo, último lunes de aquel mes de dos mil diecisiete. En el sofá, mirando los techos de aquella casa, en el más armonioso silencio del atardecer, sólo interrumpido por los pájaros, y algún que otro whatsapp de Pedro, para ver si ya se me había pasado la tontería, me sentía en infinita paz conmigo misma. La mala cobertura del lugar, me hacía estar casi desconectada del mundo. Con mis treinta cinco estaba redescubriendo esa paz de la niñez, esa inocencia que se tiene, cuando ves la vida con otros ojos.

Una y otra vez pensaba en Rafael ¿Quién era? ¿Por qué estaba allí esa caja que contenía tanto de aquel treinta y siete? ¿Qué tenía que ver la casa de mis abuelos en toda la historia? Me atormentaba pensar, que nadie podría ayudarme a descubrir todo aquello. Pensaba en mi abuelo, pero él, hacía cinco años que se olvidó de existir. No tenía ningún hilo del que tirar. Debí quedarme dormida. Me despertó el fresco de la vecina noche y abrí los ojos, tardé en reaccionar. Me quedé pensando, ida, sólo mirando aquel techo de maderas centenarias, y sintiendo esa sensación de libertad, de paz... De pronto, como si hubiese descubierto lo mismo que Arquímedes, exclamé ¡Eureka! La primera carta, de algún remoto lugar de mi cerebro, había

venido a mí, ese recuerdo que, aún estaba fresco en mi memoria, Rafael hablaba de su trabajo, en el momento que escribió la primera carta, estaba en una escuela, ¡Rafael Madroñal, era profesor! Estaba segura. Hablaba del nombre del director de esa escuela Don Luis Montilla Rubio. ¡Claro! Tenía que localizar la historia de ese hombre en Málaga. Aunque sólo sabía su nombre, y que murió el mismo día que Rafael emprendió la huida. Aquella noche me dormí muy emocionada, tenía la sensación de estar muy cerca de conseguir información, y así, con ese olor a sierra, a monte, disfruté de mi sueño como nunca.

Por la mañana, tras conseguir el número de teléfono a través de internet, y tras varios minutos escuchando esa voz, que nos invita a marcar un número u otro, en función del motivo de la llamada, conseguí hablar con ¡una persona! esta vez sí, sentía que iba a obtener una respuesta. Expliqué mi historia. Cómo no, iban a ayudarme, sólo tuve que decirles el nombre que buscaba, Don Luis Montilla Rubio.

—Por supuesto señora que le ayudaremos, usted puede acceder a nuestros archivos históricos, eso es parte de nuestra historia.

—Gracias, gracias y mil gracias, pero no me hables de usted, soy joven, tú también parece serlo, por la voz. —A través del teléfono oí su risa.

Lo que descubrí de este hombre, me dejó aún más perpleja. Tiene una estatua en su honor, actualmente, se sitúa en la puerta de lo que en su día fue, el colegio de San Agustín, donde trabajó junto con más hombres dedicados a la labor de enseñar, de llevar la cultura por doquier, se encargó de las misiones pedagógicas en Málaga, que eran las encargadas, de llevar a las zonas rurales más desfavorecidas de todos los rincones de España, la enseñanza, la cultura, bibliotecas, cines, teatros... un ambicioso proyecto de aquella España, por entonces Republicana. Él murió durante

aquella guerra, como bien describía Rafael en la primera carta, lo mataron el seis de febrero de mil novecientos treinta y siete. La chica que me había atendido en la llamada, se dispuso a ayudarme con mi investigación, porque al igual que a mí, le había sorprendido e intrigado la historia de Rafael Madroñal, y del amor que le profesaba a su querida Juana, de Rafael, no sabía nada, pero lo iba a investigar. Así, durante un par de días, estuvimos intercambiando correos, llamadas y mensajes de whatsapp, hasta que aquel día, me llegó el documento que tanto ansiaba, en una de las páginas del libro, que conformaba la jerarquía escolar, aparecía ese apellido que tantas veces he pensado, Madroñal, Don Rafael Madroñal y Casares, debió significar en la época, lo que hoy podemos llamar jefe de estudios, fue amigo y mano derecha de Don Luis Montilla Rubio, juntos, llevaron a cabo una labor significativa, en las escuelas que precedieron a la famosa dictadura, que comenzó, aquella primavera del treinta y seis. Con su nombre completo y su lugar de trabajo, algo más podía averiguar de Rafael Madroñal, así que, tras pensarlo, no mucho, y decidida a saberlo todo, emprendí rumbo a Málaga.

—Mamá —llamé a mi madre para ponerla al tanto de mi intención, aunque a ella, poco le iba a importar, siempre fue muy de dejarme hacer lo que me diera la gana — voy a estar de viaje un par de días, me hospedaré en el NH, en Málaga, estaré bien.

—¿A Málaga? ¿Y a qué vais a Málaga? —Ella daba por hecho que íbamos, y no era así. —Pedro me llamó hace varios días, estaba preocupado por ti. Me dijo que estabas muy rara. Si este viaje os sirve para desconectar...

—No mamá. Te equivocas, no voy con él, voy sola, quiero averiguar más sobre las cartas que te comenté.

—Pero María...- Ella no me iba a comprender, al igual que Pedro, pensaba que todo era una locura mía, y que debía dejarlo todo tal cual.

—Mamá, lo he decidido, cuando llegue te aviso. Estaré bien. Por cierto, dile a Pedro, si te vuelve a llamar, que no se preocupe tanto por mí.

Poco me importaba a mí a esas alturas, lo que él pensara de todo aquello, quizá no sólo eran las cartas, tal vez, también era yo, y la nueva visión que tenía de la vida. Mi forma de pensar estaba cambiando, ya no era él, quien me hacía pensar de una manera u otra.

De camino, paré un par de veces en la carretera. A la altura de Antequera, asombrada ante los maravillosos paisajes de su serranía, la famosa montaña, con forma de cabeza de indio, aquellas pequeñas cuevas que se dejaban ver a lo largo de las laderas, me hicieron imaginarme esa huida, la que emprendió Rafael Madroñal desde Málaga, pero que otros miles, lo habían hecho por aquellos caminos, tal vez, refugiándose en las pequeñas cuevas, en medio de esos grandes pedregales, pasando frío y hambre, tal vez, bombardeados desde el aire, tal vez, heridos, dejándose morir, sin ser vistos en medio de aquellas sierras. Me imaginaba los rostros de desesperación de aquellas madres, corriendo montaña arriba, con niños pequeños, tratando de evitar el trágico final que les aguardaba. Ni por un momento en mis treinta y tantos, antes de llegar a mí, aquella vieja caja de lata oxidada, con inscripciones en inglés, podía haberme imaginado, esa imagen tan dantesca de nuestra España, en mi casa nunca se habló de la guerra, siempre pensé que, en mi familia, no hubo ningún drama que rememorar pasados los años.

Cuando quise darme cuenta, estaba bajando por aquella autopista, desde la que a veces sí, a veces no, se divisaba la costa, entre el pasar de montaña y montaña, debido a la velocidad de la bajada.

Cuando llegué al hotel, en el que me quedaría por varios días, me registré, subí a la habitación, y me puse a leer de nuevo aquellas cartas, buscando tal vez alguna pista, algo que me hiciera tomar una u otra dirección.

«Mamá he llegado bien, ya estoy en el hotel» y el famoso emoticono del beso. Su respuesta fue un escueto «Ok».

Dándole vueltas y vueltas a la cabeza, pensando cómo podía andar un paso más. Estaba allí, en el sitio, donde comenzó aquella historia, pero necesitaba pensar, buscar quien pudiera ayudarme, así que, decidí enviarle un mensaje a Raquel, la funcionaria del ayuntamiento, tal vez, ella me ayudaría. Muy amable me ofreció tomar un café juntas a día siguiente. Quedamos a las cinco de la tarde, en el café-bar “El malagueño”, que se encontraba a pocas calles del hotel donde me hospedaba.

Pasé la mañana durmiendo mucho, me había acostado tarde. Seguí buscando en google, releendo todas las cartas, y tratando de escribir el final de aquella última, que Rafael Madroñal no pudo terminar, imaginado qué pasó.

—¿Buenas tardes, eres María verdad? —La chica del teléfono, de unos treinta y pocos también, muy alegre y risueña, se presentó con una carpeta llena de papeles.

—Sí. Encantada de conocerte Raquel. Muchas gracias por venir.

—Nada mujer, lo he hecho encantada. Me apetece ayudarte con esto.

—No sabes que bien me sienta, que alguien comparta conmigo esta historia.

—A ver María, he accedido a venir, porque tal vez pueda ayudarte un poco con esto... No sé si está del todo bien lo que vamos a hacer, te daré información... —me dijo, acercándose más a mí y bajando el tono de voz—Rafael Madroñal, tuvo un hermano, al menos empadronado en Málaga.

—¡Estupendo Raquel! —Me había llenado de gozo, saber que existían pruebas de Rafael, mi reacción fue explosiva, Raquel, con su mirada, me invitó a bajar la voz de aquella expresión.

—Pero, una cosa... su hermano Fernando falleció en dos mil doce.

—Cinco años ya...—Las sensaciones eran una montaña rusa, alegría, frustración, agradecimiento, tristeza...pero Raquel prosiguió.

—Tranquila que hay más...su mujer vive aún, y tiene dos hijos —Dos sobrinos de Rafael Madroñal, que quizá, me pudiesen decir dónde estaba su tío, y así, poder cerrar esta historia que, en el último mes me había traído de cabeza.

—¡Gracias Raquel! —No pude evitar con esa espontaneidad de expresión que nos caracteriza a los andaluces, darle un gran abrazo.

—Nada mujer, tengo una venilla de detective privado —me dijo con una gran sonrisa

—después de todo, es memoria histórica, a cambio quiero saber el final ¿eh?

Por supuesto que compartiría con ella el final de la historia. Porque aquella historia de Rafael, de su amada Juana, de Miguel, de su hijo, de la madre nodriza...de aquella huida, era la historia de todos, de un pueblo, de unos malagueños cualquiera, de unos sevillanos cualquiera, y en definitiva de todos los españoles. De

una guerra, de la que aún hoy, aunque la mayoría de los jóvenes no sepamos nada, hay muchos ojillos arrugados que la lloran...

Raquel y yo hicimos muy buenas migas, tomamos un café, y luego paseamos durante un largo rato. Málaga me pareció increíblemente bonita, aunque ya la conocía, no había visitado sus calles, sus casas etc... rememorando aquellas batallas, nunca la había visto con esos ojos.

Capítulo 7. Los ojillos que lloran

Llevaba en Málaga dos días. Raquel me había dado la dirección de Josefa Martinez, la mujer de Fernando, el hermano de Rafael, y debía ir a buscarla. Había estado investigando, sobre aquellos días de la famosa huida, busqué en libros, archivos y me empapé de aquella historia que, un día, de repente, sin pensarlo, se había convertido en parte de mi vida.

—Buenos días.

—Buenos días —Cuando llamé al primero A y me abrió la puerta una chica de rasgos latino americanos, sentí que el mundo se caía a mis pies —Disculpe, estaba buscando a la señora Josefa Martinez, me he debido equivocar de piso.

—No señora, es aquí ¿quién la busca? —La pobre mujer, debió ver, que tenía cara de no saber muy bien dónde estaba y aguardó paciente mi respuesta, que tardó unos diez segundos en salir de mi boca.

—Perdoné, creí...

—Yo la cuido, sus hijos están fuera —Gracias a que fue presurosa en su explicación, evité el mal trago, de tratar de explicarle yo a ella, por qué había puesto cara de interrogación. —¿Quién le digo que la busca?

—Bueno...—le conté la historia lo mejor que podía, aunque era un poco surrealista incluso para mí, le resumí las cartas, en apenas dos minutos —Sólo quiero saber de su cuñado... por lo que le he explicado, ¿entiende? —Ya le había explicado toda la historia, mientras esa chica sostenía la puerta, embelesada, quizá recordando alguna desgracia pasada o presente en su país, con ojos vidriosos y voz quebrada, me contestó.

—Muy bien, yo me llamo María Luz, avisaré a la señora Josefa, ella no oye bien. Espere un momento.

Allí me quedé, frente a una puerta que en breve se abriría de nuevo, y me trasladaría otra vez al pasado. A través de las palabras de aquella mujer, que, sería la primera vez que iba a ver en mi vida, y que, sin embargo, sentía como alguien de mi familia. Porque quizá, leer aquella historia, y ponerme en el lugar de aquellas personas, me hizo sentirme como un superviviente del genocidio, que marcó tantas vidas de nuestra España...

—Disculpe...—La chica abrió la puerta interrumpiendo bruscamente mis pensamientos.

—Perdoné, con tanta palabrería me olvidé decirle mi nombre. María, me llamo María.

Así, la mujer de estatura media, de trenza muy larga y pelo muy moreno, con la tez gastada y maltratada, por la mala vida que debía vivir antes de llegar a España, me

invitó muy amablemente a entrar en el modesto piso de la señora Josefa, nonagenaria, sorda, pero muy viva.

En el pequeño salón, iluminada por el sol de primeros de junio, sentada en una mecedora de anea, con el pinganillo en el oído, y los ojos muy hundidos, aquella mujer, que se adivinaba cansada, me extendió su arrugada mano.

—Siéntate hija.

—Gracias señora.

—Josefa, hija mía, llámame Josefa, dime, ¿cómo es que sabes algo de Rafael? ¿Quién te ha hablado de él?

—No sé mucho Josefa, vengo a que usted me cuente —Me agarró de las manos, sentí una suavidad infinita en las suyas arrugadas, pero de seda, muy frías, a pesar de estar en las puertas del verano andaluz, y temblorosas. Sus ojos hundidos, que se adivinaban azules, estaban tan secos, que no dejaban derramar las lágrimas, que seguro querían correr por sus mejillas. Apretó mis manos, con la máxima fuerza que ella, tan castigada, podía ejercer.

—Qué quieres que te cuente María. Tengo la memoria intacta en esa época, y, aunque no lo creas, por más que he querido olvidar, no he podido.

—¿Qué ha querido olvidar?

—La guerra María, aquellos años de tortura, esos años, que han quedado grabado a fuego en mí. ¿Cómo han llegado a ti cartas de Rafael? ¿Qué sabes de ella? —«¿A quién se refería Josefa?», pensé.

—¿A quién se refiere Josefa? ¿Quién es ella? —Me soltó las manos, miró por la ventana, y esta vez sí, una lágrima corrió por su mejilla, sólo por una, de un solo ojo, la otra quedó atrapada, en forma de gota, que se iba llenando, y que, también acabaría corriendo, por los surcos de la consumida cara de Josefa.

—A Juana ¿Qué sabes de Juana? Le has dicho a Luz que tenías las cartas de Rafael para Juana. —Tenía muy presente su nombre, Josefa nombraba a Juana, y me parecía sentirla, junto a mí, en aquella estancia. Un escalofrío, de lo menos usual, recorrió mis brazos y mi nuca.

—Sí, eso le dije. Pero no sé nada más, sólo eso. —Le volví a contar toda la historia, esta vez empezando por la reforma de la casa, en la «La finca del francés», mi casa. Josefa, acercándose al lugar de donde provenía el timbre de mi voz, para no perderse detalle, por su falta de audición, escuchó toda la historia que contaban las cartas, embelesada.

—Ella era hija de un comandante del ejército nacional. —Josefa no esperó al final y me interrumpió. —Se encaprichó de mi cuñado, él estaba perdidamente enamorado de ella. Su relación no era posible. Para Rafael, ser su pretendiente, era como una condena de muerte. Pero se aferró a la esperanza, de que algún día, estarían juntos... — Josefa alzó la mano, y paró la conversación, Luz se acercó a ella, le limpió las lágrimas cuidadosamente.

—Dígame Josefa —Le preguntó su cuidadora, que sabía perfectamente qué necesitaba algo.

—Tráeme un «vasico» de agua por favor, y para ella...—Me miró esperando una respuesta.

—Otro vaso de agua, gracias —Me quedé mirando a Josefa, y le pregunté por su acento —¿ha vivido usted en Granada?

—Gran parte de mi vida hija, desde los doce años, que tuve que dejar atrás mi Málaga, hasta que hace unos quince años, pudimos volver, Fernando, mi marido, y yo, nunca nos olvidamos de nuestra tierra, de la que tuvimos que partir para poder vivir. Éramos niños...

—Perdón —le interrumpí —pero Rafael no huyó con vosotros ¿no? ¿Qué pasó con él? Disculpe, es que estoy deseando saber...

—No. Él era mayor que Fernando, y muy testarudo. Muchas familias de Málaga huyeron a las capitales más orientales, Rafael, decidió quedarse en Málaga, en su escuela. Nosotros éramos niños, nuestras familias nos llevaron, Fernando y yo nos ennoviamos estando ya en Granada...aunque nos conocíamos desde siempre.

—¿Y Rafael? —Le interrumpí de nuevo —Lo siento, pero estoy deseando saber qué le pasó a Rafael, qué fue de su amada Juana...

Josefa, pensativa, triste, dio un sorbo al vaso de agua, y tragó con dificultad, quizá por su avanzada edad. Esta vez, fui yo quien le cogió las manos, una vez hubo acabado de beber, le ayudé a soltar el vaso, que, permanecía tembloroso en sus extremidades superiores, y se las sostuve en un acto de comprensión infinita, y tal vez, haciéndole entender, que podía sentir y compartir su dolor.

—Perdóname hija, hablo de Fernando y... —volvió a brotar esa tímida lágrima, que asomaba siempre por el mismo ojo. Se la limpié —Rafael murió. Creemos que murió durante la «desbandá», aunque no sabemos dónde lo enterraron, Fernando se fue de este mundo, con la pena infinita, de no saber dónde enterraron a su hermano. La

última vez que lo vio, él tenía catorce años, se despidieron en Málaga, cuando mi cuñado decidió quedarse allí, en su escuela, y su familia al completo marchó a Granada...

Paró de hablar, Josefa necesitaba respirar, detenerse por un instante, y digerir de nuevo aquel recuerdo, aquellos momentos, que en su corta edad entonces, fueron de gran dolor. Pero yo necesitaba saber más ¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Cuándo murió Josefa? ¿Cuándo se enteraron de su muerte? La última carta que escribe, lo hace desde Almería, estaban en un campo de refugiados, él consiguió llegar hasta Almería...—Yo estaba ansiosa por saber, quería que aquella pobre mujer me contara más de lo que ella misma sabía — Lo siento, Josefa, quizá la estoy agobiando. —Me di cuenta que debía parar, ella no podía ayudarme más.

—No —esta vez su monosílabo fue pausado, necesitaba tomar aliento para continuar.

—¿Le preparo su cafelito con las tortitas de aceite? —Luz estaba en todo momento pendiente de Josefa.

—Si. Y otro... ¿Café? —Me miró esperando mi aprobación.

—Si café cortito.

—Otro para Maria, gracias Luz. Juana era la hija de un comandante del ejército nacional, —prosiguió Josefa —como te dije antes... ¿tú sabes qué significa eso hija?

—La miré perpleja, sin saber muy bien qué contestarle, si lo sabía o no. Callé. Y ella continuó —Eso significaba, en aquellos años, que, si Rafael osaba pretenderla, a sabiendas el padre de Juana, de la labor como maestro del bando republicano, que defendía el derecho a la educación por igual, a la expresión, a la cultura, y mucho

más...Lo iban a fusilar, así, sin más —Josefa bajó la voz, cómo si aún hubiese alguien de la falange, escuchando tras las paredes de su modesta vivienda.

—Aquí tienen —Interrumpió la muchacha que traía el café de Josefa, el mío, y unas tortitas de aceite para merendar.

—Gracias. —Agarré la taza de café deseando darle un sorbo, abrir los ojos de par en par, y que la cafeína, mantuviera mi cerebro alerta, para no perderme ni el mínimo detalle de la conversación. Todo podría ser importante.

—Juana, se encaprichó de él. Mi suegra sufrió mucho. Ella sabía que aquel amorío le costaría la vida. Se conocieron durante un viaje que Rafael hizo a Sevilla, donde ayudaba, junto con otros profesores, a los niños más desfavorecidos en aquellos años treinta... —Josefa volvió a parar, bebió un poco de café, se cubrió las piernas con una finita manta, que había permanecido desde que llegué en el brazo de la mecedora de anea —aunque sea casi verano, yo ya soy muy mayor María, siempre tengo frío —Se excusaba, mientras yo la ayudaba a taparse un poco las piernas.

—No se preocupe Josefa, yo también soy muy friolera —y reí, tratando de aliviar la tensión de aquella sala, que se llenaba de historias flotando en el ambiente.

—Cuando empezó la historia de Rafael y Juana, yo ya conocía a Fernando, durante mis años de noviazgo y después, durante mi matrimonio, y toda mi vida, he escuchado esa historia, a mi suegra la mató esa pena por su hijo...Rafael, según cuentan todos, fue muy bueno. Los niños eran su vida...—Yo lo sabía, había percibido aquella bondad que desprendía hacía los seres más indefensos, a través de sus palabras de tinta, supe mucho de él.

El bolso vibró, tan desesperadamente, como mi corazón con aquel encuentro. La desilusión llegó, al ver quién lo hacía temblar. Pedro, una llamada, y otra... después un whatsapp «¿No piensas contestar? Seguro que estás entretenida». No iba a perder el tiempo con sus historias. Silencié el teléfono móvil, y lo guardé.

—Lo sé Josefa —Me miró, creo que su avanzada edad también había hecho mella en sus ojillos tristes, aunque la realidad, es que me miraba de frente, pude sentirlo

—Lo sé, porque en las cartas que poseo, Rafael cuenta, cómo se hace cargo de un bebé de apenas días. Se quedó huérfano durante aquella huida. Mataron a su madre mientras lo amantaba, días más tarde, a su padre. Es lo que le he leído antes.

Josefa volvió a dejar caer sus lágrimas, miraba fijamente una mesita pequeña, junto a la mecedora, en ella una foto en la que posaba ella junto a Fernando, delante del brocal de un pozo, su pecho castigado por los años debió llenarse de millones de sentimientos encontrados, al recordar aquella historia, y más aún, con los apuntes de novedad en ella que yo, le estaba proporcionando.

—¿Y qué pasó con él? Con el niño quiero decir.

—No lo sé, yo albergaba la esperanza de que Rafael o algún descendiente directo, conocedor de toda la historia al completo, me la contara —Josefa me miró, y una sutil sonrisa, empapada de sentimientos, asomó a la comisura de sus finísimos labios.

—Hija mía, esa es parte de la historia de Rafael que Fernando quiso descubrir ¿por qué murió? ¿cómo murió? ¿dónde lo enterraron? —Esta vez, cayeron dos lágrimas, de ambos ojos a la vez.

—Tengo esta caja. En la estaban las cartas que Rafael le escribió a Juana. Pero también había un billete de tren a tierras catalanas, un viejo imperdible, este que llevo en forma de broche —Lo limpié, era plata, y lo llevo desde el primer día enganchado en cada prenda que me pongo, quizá lo usé en forma de amuleto, alguien debió tener esa caja, y si Rafael murió, quién viajó cinco meses más tarde, de aquel seis de febrero del treinta y siete, hacia Molins de Rei, con las cartas de Rafael —Josefa, en un acto de continua comprensión y agradecimiento, oprimió mi mano tanto como sus flacas fuerzas le permitían.

—No lo sé hija mía —Me miró perdida y hundió sus ojos de nuevo.

—No sé por qué estaba esta caja en mi casa, escondida en unas maderas, pero cuando lo sepa, vendré a contárselo Josefa.

Capítulo 8. Sevilla

De vuelta a mi Sevilla, a mi vida, de vuelta a la misma rutina que ya no me dejaba ser la misma persona, pensaba que todo era inútil, me encontraba en un callejón sin salida. La pobre Josefa, quiso más que le contara yo a ella, que ella a mí. No tenía mucho que aportarme, aunque intacta su memoria, era muy corto su saber de aquella historia.

De Rafael supieron muy poco, y en el momento que dejaron de saber, fue para siempre. Sin salida. Así me encontraba, y así me sentía.

—Mamá voy de camino a casa —Llamé a mi madre para hacerle saber que volvía, aunque supuse que, a ella, poco le importaba.

—¡Maria qué bien hija! ¿y qué tal? ¿Encontraste lo que ibas buscando?

—Todo no. Una parte si —Y era verdad, lo que le contesté. Encontré mucho. Mucha historia, mucha vida, encontré mucho sentimiento, y quizá el principio de un camino,

que debía comenzar a trazar. Lo que no pude encontrar fue la historia de Rafael, al completo, la que me faltaba...

—Me alegro María, Pedro me llamó anoche, dice que no ha conseguido hablar contigo en estos días.

—No, no ha conseguido hablar conmigo en estos días, porque fue lo que le pedí. Quiero tiempo mamá, quiero pensar por mí misma. Pedro no entiende eso, y por lo que veo, tú tampoco.

Al llegar a mi casa sabía que me lo encontraría allí, después de todo, seguíamos compartiendo piso. No lo avisé que llegaba. Simplemente, aparqué. Bajé mi mochila y subí al ascensor, deseando darme una ducha, tirarme en el sofá y volver a releer las cartas en busca de pistas, de algún dato que Rafael hubiese dejado escrito. Quería algo de lo que tirar.

—Hola María —Se acercó a darme un beso, como si nada, le pedí tiempo, y Pedro seguía pensando que yo era de su propiedad, cordialmente, le di dos besos.

—¿Pero qué haces? ¿Qué piensas que soy un amigo? —una vez más, haciendo gala del egocentrismo que le caracterizaba, espetó palabras poco cordiales.

—No Pedro, un amigo, me hubiese apoyado, un amigo me escucharía, si fueses mi amigo, te importaría lo que siento y pienso, mi opinión... que también la tengo ¿Sabes?

—¿Y quién te ha dicho lo contrario? —Pedro soltaba cada palabra en un tono tan prepotente, que me hubiese querido quedar sorda para no escuchar tal cantidad de necesidades.

—Déjalo, no quiero discutir. Sólo quiero descansar un poco.

—Claro, normal, vendrás muy cansada...—El tono de la palabra cansada era claramente dañino, pero no quise entrar en su juego, y no respondí. —¿Ves normal esto? ¿Te parece normal que un puñado de cartas absurdas acaben con nuestra relación? ¿Todo por algo que pasó hace más de ochenta años? ¡Tú estás loca! ¡Te has vuelto loca! ¿Es que acaso no pudiste hacerme caso y dejarlo todo como estaba? ¿Por qué has tenido que seguir con esta historia? ¿Qué es lo que te atrae de todo esto? ¿Qué buscas? o ¿A quién?

—Nada en especial Pedro. Solo ser yo, lo que quiero es simplemente descubrir qué paso hace ochenta años en la vida de una persona, y por qué parte de esa historia estaba oculta en unas maderas de mi casa y tengo todo el derecho del mundo a averiguarlo.

—¿Tú no puedes seguir con tu vida? ¿Con nuestra vida? —Tal vez ese, era en el punto donde él se equivocaba, no era nuestra vida, era mi vida, y la suya...por separado.

Tras aquella discusión en la que apenas participé, primero, porque no me apetecía y segundo, porque ya no había nada por lo que discutir. Analizando profundamente la situación actual en la que me encontraba, reflexionando, sobre si aquello era o no algo que debía seguir manteniéndose, por más tiempo, llegué a la conclusión de que no. La historia de esas personas que hacía ya muchos años padecieron tanto, saber que lo de Rafael y Juana fue más, por lo que me dio a entender Josefa, un amor platónico, algo imposible que nunca llegó a cuajar, y pensar que la vida pasa, y te debe quedar la sensación de haberla vivido plenamente, de haber sido feliz, y, sobre todo, haber hecho en cada momento, todo cuánto tu corazón te empujara a hacer.

Con todo esto, supe que Pedro no era para mí, quizá en algún momento, en que mi corazón virgen de sentimientos aceptó la quimera, o la ilusión óptica de la felicidad, interpretada en sus vocablos más extensos, puede que lo fuera, pero ya no.

No eran las cartas, ni Rafael, ni su queridísima e idolatrada Juana... Era yo. Punto y final.

Insultos, frases depravadas, crueles, indignas para mí, entre otras circunstancias porque eran espetadas, así, sin más. El simple hecho, de haber tomado una decisión propia, y querer hacer con mi vida lo que me diera la gana, no le gustó nada a Pedro, y trató de revocar mi decisión a toda costa. Tanto fue así, que hizo lo que nunca pensé que haría, o quizá sí, y temiendo que llegara ese momento, nunca fui Maria.

Aquello terminó como «el Rosario de la Aurora» Pedro cogió su ropa, la metió en bolsas, no dejó de blasfemar e insultarme. Pero, sobre todo, no dejó de repetirme cuánto me arrepentiría de esa decisión, lo poco que valía, me recordaba en cada frase, que no sería nada sin él.

Mientras, sentada en el sofá, con una manta, con la mirada de Josefa clavada en mí, con las palabras de Rafael retumbándome en los oídos, con el corazón a mil por segundo, angustiada, porque no sabía dónde era capaz de llegar Pedro, pero feliz, de verlo marchar de mi vida. Feliz, como nunca. Liberada. Aunque aún debía seguir escuchando insultos y demás palabras despectivas que me lanzaba sin piedad.

—Y que sepas una cosa Maria —Esto me lo dijo apuntándome con el dedo índice, en la sien derecha —metete en la cabeza, que no eres nada, sin mí no eres nadie, y no lo serás nunca, vendrás arrastrándote a mis pies, una vez más. Aprendí a oír, sin escuchar.

Tengo que reconocer que él llevaba razón, más de una vez me arrastré a sus pies, más de una y más de dos. Quizá, en aquella época, en la que pensaba que, sin él, ciertamente, yo no era nadie.

Capítulo 9. La vida perdida. El capítulo encontrado

Llegaba el verano de dos mil diecinueve, y lo que menos esperaba ya, es que sucediera algo trascendental en mi vida. Atrás quedó Juana, Rafael Madroñal y ese niño que llevaba consigo. No pude averiguar más, y me quedé con esa historia, aún por terminar.

Tras la vuelta de Málaga, algunos juicios contra Pedro, muchas lágrimas derramadas, más por lo que dejé de hacer en mi vida, que por lo que realmente había hecho, me hallaba en un punto en el que lo tenía todo patas arriba, a punto de cumplir treinta y siete años, tuve que hacer borrón y cuenta nueva, para tratar de empezar desde cero, aunque me fue muy complicado. No hubo más, no pude descubrir más sobre la vida de Rafael, en ese momento. No pude averiguar dónde, ni por qué murió, no supe qué pasó con ese niño que llevaba con él, ni qué fue de Juana...tampoco, y era lo que más me intrigaba, supe qué hacían las cartas de ese hombre en mi casa ¿Quién las llevó hasta allí?

Fran, mi jefe, me dejó tomarme un tiempo.

—No son las cartas Maria, no es esa historia, es la tuya, es tu vida. No es Rafael Madroñal, es Pedro quien te quita el sueño, no es Juana, eres tú, la que quisiera sentirse así de amada, no es esa historia de amor la que te ha puesto del revés...

El día que fui a decirle a Fran, que no quería seguir en la inmobiliaria, no le sorprendió, llevábamos muchos años trabajando juntos, y aunque éramos, jefe y empleada, teníamos buena relación. Yo le conté mi historia, o la historia de Rafael... porque ya no sabía en qué punto de mi vida, habían logrado converger, pero lo cierto es que, tras las cartas de ese hombre, estaba mi nueva vida, mejor o peor, pero mía. Fran, de repente, dejó de ser mi jefe, y se convirtió en mi amigo.

Decidí tirar de unos ahorros y tomarme un tiempo de reflexión, de sanación, de desconexión. En los últimos meses, había visitado en varias ocasiones a Josefa, también me hice amiga de Raquel, con lo que a menudo, pasaba algún fin de semana en Málaga ella, se convirtió en un gran apoyo para mí, y su madre, Isabel, en ciertos momentos, ocupaba el lugar de la mía, que quizá nunca estuvo tan presente como yo hubiese deseado. Lo cierto, es que, con todo eso, yo me encontraba en el proceso de iniciar una nueva etapa.

Me sentía diferente, las cosas ya no eran de forma automática, ese estrés instalado en mis huesos, había desaparecido, al menos temporalmente. Y, sobre todo, lo más importante, fue descubrir que hay mucho más, sentir que sólo experimentamos, un bajo porcentaje de las sensaciones que se nos ofrecen a lo largo de nuestra vida, fue una revelación para mí. Yo, nunca había sentido esa plenitud al respirar, esa cosquilla en el estómago, nunca había disfrutado tanto de la soledad, del olor a estrellas, de los paseos por el campo, escuchando los pájaros, imposibles divisar entre tanta espesura. Disfrutar de esos tímidos rayos de sol adentrarse, para

buscarte entre tanto follaje, sentarte en una piedra, y observar, cómo van las hormigas, un bicho insignificante, en conjunto, colaborando unas con otras, y así, les resulta más fácil la vida. Ahí estaban, tan diminutas, pero formando parte del mismo mundo, que todos los demás. Más grandes o más pequeños, para todas hay un lugar.

Siempre llevaba una mochila cuando paseaba por el campo. Siempre llevaba las cartas, desde aquel día que casi me parte la nariz aquella caja, su contenido me ha acompañado por donde quiera que he ido.

La relación entre Fran y yo, poco a poco, se fue convirtiendo en algo más especial. La ayuda incondicional que me prestaba, en los momentos en los que me sentía abandonada por todo el mundo, fueron trascendentales para mí. Él y Raquel, pasaron a formar parte de mi vida, en un momento crucial. Encontré en sus palabras, consuelo para mis pensamientos más tormentosos, encontré en sus brazos, el refugio amigo que tanto necesitaba, fue él quien, incondicionalmente me tendió su mano, y me ayudó a buscar ese camino, que se presentaba ante mis ojos, dividido en dos, vacío, sin sentido. Aquellas tardes, de ese verano en el que comencé a ver la luz, a sentir que, por fin, tras muchos años, era dueña de mi vida, me costó mucho comprender que debía ser yo.

—Maria —una noche, que nos encontrábamos sentados, en la puerta de la casa de la sierra, Fran y yo, empezó una conversación que siempre había tratado de evitar —¿Por qué nunca visitas a tu abuelo?, si alguna vez te llaman y te dicen que ya se ha ido del todo... vas a necesitar haberlo visto antes.

Hubo un silencio, que yo misma provoqué, no quise que hubiese palabras, necesitaba comprender por qué, antes de explicárselo a él.

Minutos de reflexión, dieron paso a mis lágrimas.

—No llores...no, no te sientas mal —Me decía, mientras me limpiaba aquellas gotas de dolor, que recorrían mis mejillas, amablemente.

—No tuve una infancia inolvidable como muchos niños. Mi madre nunca estaba, mi padre, era alguien inexistente, cada uno hacia su vida, y yo... parecía ser un estorbo para ambos.

—Si no quieres hablar, no lo hagas María, no pasa nada —Pero yo si quería, trataba, por primera, vez de soltar ese lastre que llevaba arrastrando muchos años, esa sensación de abandono que había tenido toda mi vida.

—Si Fran, no te preocupes, quiero hacerlo. Yo pasaba largas temporadas con mis abuelos, mi abuela Maruja me enseñó a hacer rosquillas de azúcar, mi abuelo Juan me enseñaba a hacer puzles, eran un matrimonio muy feliz, ellos no se merecían que mi madre nunca los hubiese querido.

—Bueno, tú eso no lo sabes, quizá ella los quería a su manera...

—No Fran, mi madre sólo se quiere ella.

Cuando yo era pequeña, solía salir con sus amigas a pasear, mientras yo le rogaba que me llevara a mí, y casi nunca lo hizo. Eso, no se lo conté a Fran.

—Por todo el tiempo que pasé con mis abuelos, fui mejor persona, eso es lo que creo Fran.

—¿Por eso Pedro te pareció una buena opción? —Esa pregunta no la entendía, y así mi gesto se lo indicó a Fran —Estuviste carente de afecto durante tu niñez, quizá

por eso, a pesar de no ser el mejor hombre del mundo, a ti te pareció que Pedro era tan esencial en tu vida

Ya lo entendí, y llevaba toda la razón del mundo.

—Sí, fue un espejismo de amor, de un amor que buscaba y creí encontrar, pero sólo fue eso, un espejismo.

—Y ¿ahora? —Fran se aproximó tanto a mi oído, que pude escuchar el palpitar de su corazón, o tal vez era el mío, me temblaba el cuerpo, sentí un calor inmenso recorriéndome, una sensación de bien estar, que era la primera vez que experimentaba, sólo por la calidez de sus palabras susurrándome al oído.

—¿Ahora? —Tuve miedo de hacer esa pregunta.

—¿Ahora crees que es un espejismo?

Yo había llamado a Fran el viernes, le pregunté si le apetecía venirse conmigo a mi casa de la sierra. No hubo en mi invitación una doble intención, pero si me apetecía estar con él, compartir mis momentos, mi soledad, mi sitio de paz... quizá sin darme cuenta, quería compartir con él, mi vida.

—No, no creo que sea un espejismo.

—¿Crees que puedes ser tan amada como Juana? —Los labios de Fran, estaban cada vez más cerca de los míos, tanto, que no me dejaron responder, pero quise decirle que ya me sentía así. Si, como Juana.

Aquella noche, mientras Fran acariciaba mi pelo, me besaba, suspiraba en mi oído, y recorría cada palmo de mi cuerpo, con sus manos llenas de amor, supe que era él. Nunca sentí tanto, nunca mi corazón explotó en mi pecho, como lo hizo mientras

hacíamos el amor, nunca unos suspiros de placer, provocaron en mí, tantas sensaciones. Querido Fran, así fue como lo llamé, mi querido Fran.

Capítulo 10. Recuerdos

No quise arrepentirme. Volver a ver a mi abuelo era un paso importante. Decidí hacer caso a Fran. El verano andaluz tocaba su fin, atrás quedaron esas noches de pasión locas, de calor intenso en la piel, pero, sobre todo, de amor, de confesiones, de secretos, de compartir momentos. Fran me lo dio todo, aquel tímido chico que iba de jefe discreto y celoso de su vida privada, se había convertido, en todo cuanto necesitaba.

—Estas muy guapa Maria. —Antes de acercarme a la residencia Santa Virginia, me pasé por la inmobiliaria, quería verlo, era una necesidad. En realidad, sentía mucho miedo.

—¿Tú crees? Vanesa me ha dicho, que suele estar despierto durante el día, pero que no conoce a nadie. Tengo miedo de su reacción.

—Tranquila Maria, tu abuelo no te va a echar de allí. No importa que él no te reconozca, tú a él sí, con eso debe bastarte. —De alguna manera, las palabras siempre ideales de Fran, me daban fuerzas para seguir.

Cuando le dije a mi madre que iba a visitarlo, le pareció genial, pero a mi petición de acompañarme, sólo obtuve una negativa por su parte. Tenía cita en la peluquería. Debí imaginarlo, ella no vendría. Su padre no significaba nada para ella. Pensando en aquellas palabras de Fran, me reconfortaba, después de todo, qué más daba si él

no se acordaba de mí. Yo sí sabía quién era él, y sobre todo, cuánto me había querido.

Al llegar a las puertas me temblaron las piernas, el corazón me latía tan deprisa, que casi no me daba tiempo a respirar, la sensación de caer en picado por una montaña rusa iba y venía. Supongo, que era el miedo a lo desconocido.

—¡Maria! ¿qué tal? Estás muy guapa.

Vanesa y yo, nos conocíamos casualmente desde el instituto, fuimos amigas, la verdad que tuve muy buena relación con ella, con los años, yo conocí a Pedro y nos distanciamos... Al internar a mi abuelo en la residencia, la volví a ver, ella había estudiado geriatría, y trabaja allí, me alegré mucho. Vanesa es tan buena, que no hay palabras suficientes para describirla. Ella adora a sus abuelitos, así llama cariñosamente a los ancianos que cuida, uno de ellos es mi abuelo. Lo quiere muchísimo, a veces le habla de mí. Él nunca ha mostrado la más mínima mejoría, según me dijo ella.

- ¡Juan! Buenos días, Juan, mire quién ha venido.

Entrar allí, fue como un renacer, mi abuelo estaba sentado en su silla de ruedas, la artrosis en las rodillas le habían dejado muy imposibilitado para poder caminar por sí mismo, él, como otros quince o veinte ancianos que ocupaban aquella sala, estaban solos, alejados de sus familias, aunque personas como Vanesa, se habían convertido en todo lo que tenían, estaba Luisa, madre de tres hijas, trabajaban y tenían sus vidas, ninguna de las tres puede hacerse cargo, o Enrique, sus hijos no lo visitan desde hace siete años, cuando lo internaron allí, y decidieron dar la pensión entera para que se lo quedaran, Enrique no tenía alzhéimer, y recordaba todo, su vida entera, con la pobreza que creció, en una España, que empezaba a nacer, una

España que, muchos como Enrique, levantaron tras una guerra y una postguerra, él tenía noventa y tres años, y recordaba cómo se llevaron a su madre a la cárcel en plena guerra civil, cuenta con ojos llenos de lágrimas cómo, cuando fue a visitarla ya no estaba, nunca más la volvió a ver. Quiere irse con su madre, dice que ya sus hijos, no lo necesitan... mientras Vanesa me los presentaba y me contaba un poco sobre ellos, yo creía morirme de dolor, estaba descubriendo tantas cosas, que me parecía imposible digerir. Me emocioné tanto con las historias de José, de Isabel, de Antonio...que cuando llegué a mi abuelo, no tenía fuerzas ya, para mirarlo a la cara.

—¡Es María, Juan!

Sentado junto a una ventana, mirando, Dios sabe qué, con sus zapatillas de cuadros y su mantita finita tapándole las piernas, en pleno septiembre, con color sofocante aún, ellos necesitaban ya, la calidez extra que les proporcionaba sus toquillas o sus mantitas. Me acerqué muy despacio, cogiendo aire, temblando mientras avanzaba.

—Abuelo —Cogí su mano. Estaba helada, en señal de que su vida se apagaba. Giró la cabeza y me miró. Sentí que me miraba a mí, a María, a su nieta, él no se había marchado del todo. —Abuelo soy María.

Vanesa me observaba desde una distancia prudente, en su rostro había una tristeza infinita.

—A ¿Si? —me respondió él, yo me ilusioné tanto, que casi no lo creía —si te conozco.

Abrí los ojos de par en par, la emoción me invadió, me dio un vuelco el corazón, y lloré irremediabilmente.

—¿Me recuerdas abuelo? —volví a insistir, mientras miraba a Vanesa, que me negaba con la cabeza.

—Si. Ella. —¿Ella? Mi abuelo ya me miraba de forma extraña, ya me hablaba el otro ser que habitaba su cuerpo. A mí se me cayó el mundo a los pies. No se acordaba de mí, eso lo tuve claro.

Durante esos casi siete años, había pensado, que no volvería a soportar otra vez que no me reconociera, y allí estaba, frente a él, arrodillada, mirándolo mientras temblaba de miedo, pero fortalecida por las palabras de Fran ¿qué importaba si él no me reconocía? Yo a él sí, opté por dejarme llevar.

—Y dime, ¿cómo te encuentras?

—Bien, ella —Se refería a Vanesa, a la que tenía localizada en todo momento. — Ella siempre me quita las gafas —Sus frases eran discordantes, su mirada vacía, sus manos frías, noté su ausencia, Vanesa, con una tímida sonrisa en su rostro lo miraba.

—Le quito las gafas para que no se haga daño al acostarse Juan, pero luego se las devuelvo ¿a que sí? —La dulzura de sus palabras, eran capaz de dar paz al alma más tormentosa.

—Claro abuelo, después te las devuelve porque hoy las tienes puestas, y estas muy guapo con ellas.

Él sonreía, y a mí me estaba llenando de vida. Romper el hielo fue difícil, pero de no haberlo hecho, seguro que me hubiese arrepentido toda mi vida. Al salir, le prometí a Vanesa que volvería en pocos días.

A Fran le debo, mi nueva vida, quizá encontrar mi sitio. Aprender a pensar y decidir, no sólo parecer una mujer fuerte, si no serlo. Aprender a sentir no tiene precio.

Capítulo 11: Mi abuelo

Mi abuelo Juan, verlo sentado, indefenso, era como imaginarse las torres gemelas antes, y después del 11S.

Siempre me contaba que cuando sus padres lo trajeron de Francia, con siete años, muy lejos de llorar, o no gustarle el cambio, al contrario, España, Andalucía, y esas sierras Onubenses le parecieron su hogar, su tierra. Sus padres, catalanes de nacimiento, pero afincados en Francia, lo educaron en la cultura y las artes, mi abuelo era un excelente pintor, aunque nunca mostró su arte, sólo yo, era digna admiradora de sus bocetos y pinturas, era un hombre muy tímido, muy celoso de su intimidad, pocas veces hablaba de su vida, más allá de lo que habíamos conocido, era como yo le decía cuando crecí, muy de cultura europea, pero poco andaluz... él siempre se reía.

Sus padres, sin duda, lo quisieron mucho, fueron años muy difíciles, y, aun así, a pesar de una postguerra, una dictadura, y tan pocas posibilidades como había en la época, mi abuelo estudió, se licenció y se dedicó a enseñar. Era un gran hombre, muy culto, hombre de letras, un gran historiador y un gran apasionado de la soledad y el silencio. Como yo. Pero, sobre todo, fue un gran maestro.

De su vida anterior contaba muy poco, siendo aún joven, sus padres le faltaron, con poca diferencia de años, los perdió a los dos, ya por entonces, conocía a mi abuela Maruja, el amor de su vida, y sé que decidieron vivir allí, en aquella finca, durante

muchos años, en esa casa que ahora tengo yo, en la que descubrí dos historias maravillosas, la historia de Rafael, y la mía.

Los días fueron pasando, mi relación con Fran se fortaleció, el verano, la estación predilecta de mi Andalucía, dio paso a los amarillos, pero no menos bonitos, paisajes otoñales, las frescas y cortas tardes, dieron paso a noches de descubrimientos, de calor, de miradas y abrazos, de ser feliz. La relación con mi madre seguía igual, tan fría como las noches que se aproximaban, nos llamábamos, y siempre al colgar le decía que la quería, pero siempre me preguntaba lo mismo ¿Lo siento de veras?

Las tardes se fueron acortando, y oscureciendo, pero no por eso quise dejar de hacer, lo que había iniciado gracias a Fran. Trataba de ir a ver a mi abuelo Juan, una vez en semana, mis visitas, que comenzaron siendo muy cortas, se empezaban a alargar, hasta que me decían que me tenía que marchar, pasar tiempo con él, se me hacía tan necesario, como pasarlo con Fran, y conmigo misma. Volví a mi trabajo en la inmobiliaria, pero jornada reducida. Empecé a dar clases de pintura, tres veces por semana, con lo que casi todos los días, los tenía completos, así es, como me sentía yo, cada vez más completa.

Fue a primeros de diciembre, cuando una llamada, cambió mi vida para siempre.

—María.

—Dime Vanesa ¿Qué ocurre? —Me llamaban de la residencia.

—Hemos tratado de localizar a tu madre, pero no lo hemos conseguido, por eso te llamo a ti.

—¿Qué ha pasado? —Me empecé a poner tan nerviosa que casi no oía lo que me decía.

—Tu abuelo, se puso muy malito esta madrugada, llamamos al hospital, y han venido los médicos, nos han dicho que se está apagando, lentamente. No quieren trasladarlo, dicen que empeoraría y no serviría de nada —mientras la escuchaba, sentí una presión muy grande en el pecho.

—De acuerdo, ahora mismo voy.

—Tranquila María, él está tranquilo, es sólo, que le queda poco tiempo, cuestión de horas, días...pero poco más, lo siento.

Me levanté a beber, Fran me vio y se dio cuenta que algo pasaba.

—Me voy cariño, lo siento me ha llamado Vanesa, tengo que ir a ver a mi abuelo —
Lo miré, y ya no hizo falta que le explicara nada más.

—Lláname con lo que sea, ten cuidado María.

Me abrazó, dotándome de esa energía, que tanta falta me hacía siempre. Por el camino, llamé varias veces a mi madre. No obtuve respuesta, la última vez que saltó el contestador, le dejé un mensaje de voz.

Verlo allí, acostado, con su gorra de paños apoyada en el gotero de suero, y sus gafas, en la mesilla que había junto a la cama, me partió el alma. Abría los ojos y los cerraba, levantaba su mano, la que estaba libre de aquella aguja, por la que pasaba el poco nutriente, que lo mantenía con ese hilo de vida, y trataba de alcanzarme, quizá porque divisaba esa sombra que era yo, quizá porque sentía mi amor por él.

—Abuelo...

Sólo había silencio, tanto silencio que escuchaba la gota caer. Me quedé con él, junto a su cama, quise sentirlo, escuchar su respiración, y pasar ese poco tiempo que le quedaba, junto a él.

—Hola... —Mi cabeza estaba apoyada junto a la suya, yo debía llevar allí casi dos horas, cuando oí su voz.

—Abuelo ¿has hablado?

Me levanté de la silla, corrí un poco las cortinas para que entrara la luz del sol, ya era medio día. Mi abuelo tenía los ojos abiertos, y me miraba, observaba fijamente mis movimientos, aunque ese velillo blanco que se mostraba, tapando como un fino cristal, sus pupilas, poco lo dejaban distinguirme. Me acerqué, le puse las gafas. Él sonrió y me agarró la mano. No dijo nada. Se quedó un buen rato mirando mi rebeca, pensé que le llamaba la atención el color morado, levanto la mano libre, y me acarició donde tenía el imperdible. Ese pequeño objeto que me había encontrado en la caja, junto con las cartas de Rafael, lo acarició. Noté como quiso acercarlo a él, me di cuenta que lo había reconocido.

—Abuelo ¿Sabes de quién es? Es un imperdible, y lleva la cara de una virgen, pero no sé qué Virgen es.

—Re...—Mi abuelo trataba de hablarme, era él, su mirada, mi abuelo Juan...

—¿Re...? ¿Sabes de quién este imperdible? ¿Qué tratas de decirme? —Su respiración era tan lenta, que casi no podía percibirla. Me miraba, y miraba el imperdible, de sus ojos opacos, brotaban las lagrima, cayeron a la almohada y pude sentir que se iba.

Estuve un rato, a solas, despidiéndome de él, tratando de asimilar su marcha.

Vanesa ya no estaba, su turno había acabado, Lourdes se encargó de llamar a mi madre. Estaba en Portugal, de viaje del imsero... me quité el imperdible, y se lo puse a él. Pensé que debía llevarlo para siempre.

Vanesa, estaba muy afectada durante el funeral. Se había ocupado de él durante los últimos, casi siete años, lo quería mucho.

—María —Estábamos a punto de despedirnos para seguir con nuestras vidas, ya sin mi abuelo Juan.

—Dime Vanesa.

—Quiero que mañana, si puedes, te acerques a la residencia. Debo darte algunas pertenencias de Juan.

—Sí, de acuerdo, mañana me paso. Gracias Vanesa.

Capítulo 12. Querida Maria

Dos camisas de cuadros, dos pantalones de pinza, y un pijama gris. Al abrir la pequeña maleta que me dio Vanesa, me impregné de recuerdos, olía a cuando jugaba conmigo, y me explicaba que aquello, que yo recogía del suelo, y creía que eran balas, en realidad se llamaban bellotas, olía a tardes infinitas, a galletas de canela de mi abuela, olía a mi niñez, y ese olor, era la felicidad, descubrí que mi felicidad, estaba encerrada en una pequeña maleta. Igual que la de Rafael, quedó encerrada en la caja de «The three Bears».

—María, tu abuelo me pidió, cuando todavía era dueño de sus pensamientos, que te diera esto. Me dijo, que el día que él no estuviera en este mundo, te hiciese llegar sus pertenencias, sólo a ti. Era un buen hombre. —Vanesa me dijo estas palabras, mientras recogía lo que quedaba de él.

Junto a las prendas de ropa, había una caja de madera, muy bonita, parecía tallada a mano. La abrí, dentro de ella, un reloj, una cadena y más cartas...

«Querida Maria,

Hija mía, el día que sostengas éstas, mis últimas palabras, en tus manos, será porque ya no estaré en este mundo. Y tú, por fin, conocerás mi historia.

Como bien sabes, porque te lo conté de pequeña, los primeros años de mi vida, los pasé viviendo en nuestro país vecino, Francia, donde podía pasear por sus calles sin

miedo, libre, sin huir, allí estuve mientras mi querida España se debatía entre la vida y la muerte.

Crecí, queriendo con locura a mis padres Josep y Francisca, ambos catalanes, de Rubí.

Me dijeron que un día, cuando ya casi acababa la guerra, perdieron la batalla, y tuvieron que escapar conmigo a Francia. Allí estuvimos, hasta que siete años más tarde, se armaron de valor, y volvimos a España, mi padre siempre me decía, que hizo algo muy malo para poder volver «limpio» a su país...condenó a otro hombre, un igual, al que dieron caza y muerte, eso siempre lo recordaba, murió de viejo, con esa pena. Pero a cambio, nos puso a salvo a mi madre y a mí.

Viajaron al otro extremo del país. Querían dejarlo todo atrás, perdieron a casi toda la familia, durante la cruenta batalla del Ebro, y sin nadie más que les quedara, a parte de un servidor, empezamos nuestra nueva vida, en Aracena, en mi sierra, en mi Andalucía.»

Mi abuelo, me dejó su vida escrita. De repente, por primera vez, lo vi como un niño de la guerra civil española. Lloré, lloré hasta que dejé de tener aliento, para exhalar el aire que entraba tan deprisa en mi pecho, que me ahogaba. Lloré de pena, acordándome de lo que me faltó por vivir con mi abuelo, en los últimos años que estuvo, lloré de felicidad, agradecida a la vida por haber podido disfrutar esa etapa tan bonita, como fue mi niñez, con él. Lloré, porque necesitaba desahogar tanto dolor y convertirlo en recuerdos bonitos. Lloré, y tras llorar un largo rato, sentada en el asiento del conductor de mi Toyota Auris, guardé la carta, cerré la caja, la metí en la maleta y arranqué el coche, dejando atrás la residencia, esta vez para no volver

más. Llamé a Fran, le dije que acababa de recoger las pertenencias de mi abuelo. Y volvía a casa.

—¿Estás bien María? —Él solía llegar sobre las seis de la tarde. Pero aún no eran las cinco cuando oí la llave girar para abrir la puerta, acto seguido, sentí sus caricias, que tanto necesitaba siempre.

Me abracé a él, y lloré aún más. No hizo falta decir nada, sentirme protegida por su abrazo me bastó.

«María, sé que, tras leer esta carta, sentirás rabia, quizá tristeza, tal vez dolor, pero nada más lejos, hija mía, debes sentirte orgullosa.

Al cumplir los diez años, ya afincado en Aracena, recibí mi primera comunión. Mis padres, llevaban ya, tres años en el pueblo, y habían conseguido trabajo, él como cartero, y ella, con las tareas de la casa y haciendo algunos arreglos de costura, tu abuela tenía unas manos increíbles. Aquel día, lo recuerdo amargo, a pesar de estar alegre por los presentes que recibí, un coche de madera ¡cuánto me gustó ese regalo! Y el de Don Paco, el párroco, amigo para entonces de mis padres, que me regaló un estuche, que contenía acuarelas y un cuaderno para pintar. Fue entonces cuando descubrí mi vocación, hija mía.

Merendamos, chocolate y buñuelos, nunca lo olvidaré, tampoco olvidaré la confesión que me hicieron mis padres, aquella tarde de primeros de mayo de mil novecientos cuarenta y siete, mi madre, apretándome las manos fuertemente contra su pecho, me confesó, que yo no era su hijo biológico, a lo que mi padre, sentado en la silla que se situaba frente a mí, fumando sin parar, asintió a la confesión de ella. Yo, que era un niño, me hice mayor en un suspiro, me asusté, me enfadé, enfurecí por dentro, sin dar muestras de ello (eran otros tiempos). Callé, durante muchos

minutos, eternos minutos, callé. No pude preguntar nada ¿Sabes que sentí? Pues mucho miedo de saber la verdad, y ahora ¿Quién era yo? ¿Y dónde estaban mis padres? Pero los de verdad, y sabes María, ¿Cuál fue la única pregunta que se me ocurrió? «Pero, ¿Entonces me llamo Juan?» Mi madre suspiró, creo que mi inocente forma de actuar, en cierto modo, le alivió el pensamiento.»

Solté la carta, suspiré yo también, como en aquel momento que relataba mi abuelo Juan, lo hizo su madre.

—María, sigue leyendo.

Fran junto a mí, frente a la chimenea, dejando que el baile de sus brasas iluminase y caldease nuestra estancia, me abrazaba mientras descubríamos la historia de mi abuelo Juan. Lo miré, y de pronto recordé algo que decía Rafael, en una de sus cartas a su amada Juana *«pondré a buen recaudo mis escritos, para que algún día puedas leerlos frente a la lumbre, y si Dios quiere, lo haremos juntos.»*

Recordaba cada palabra de cada carta, y con aquella frase, me daba la sensación de estar viviendo la historia que quiso Rafael, sí, me hizo llegar sus cartas, y tal vez su historia de amor, la que nunca llegó a vivir. La que ahora estaba viviendo yo.

«Así pues, querida María, ya te podrás imaginar cómo me sentí en aquel momento. Mi padre, algo más serio que mi madre, contestó a mi pregunta. «Sí hijo, siempre te has llamado Juan, el hombre que te llevaba, te puso el nombre...» Evidentemente, quise saber más, le pregunté por mis padres, quise saber por qué me abandonaron, quise saber de dónde venía, si tenía más familia, por supuesto, la charla fue larga. Aunque ellos, no sabían mucho más...

Mis padres murieron durante la guerra, los de verdad, pero no supieron decirme dónde, ni cómo. Un amigo de mi padre, el de la guerra, un buen hombre, que logró sobrevivir al ataque, me llevó con él. Nunca me abandonó, yo apenas tenía semanas de vida. Me puso a salvo en un campamento en Almería, al que caminaban con otra mucha gente de Málaga y alrededores, ese hombre me llevó con él y me salvó la vida durante el crudo febrero de mil novecientos treinta y siete. Me contaron, que, al llegar a nuestro destino, en el que nos encontrábamos como refugiados, tiraron bombas, Rafael, el hombre que me llevaba...»

— ¡Dios! —Solté la carta, pegué un respingo del sofá —¡Rafael! ¿Ha dicho Rafael?

—¡Si eso has dicho! —Fran estaba tan nervioso como yo, el corazón me iba a explotar en el pecho.

—Sí, eso escribió mi abuelo, ¿crees que mi abuelo es ese niño del que habla Rafael?

—No se Maria, sigue leyendo...

«...ese hombre, me salvó la vida, me cubrió con su cuerpo, y entre él y las mantas, a mí no me pasó nada, continué llorando, lloré muy fuerte, cuando ya se calló el tronar del bombardeo, y así pudo escucharme el médico que me recogió. Rafael, moribundo, le contó antes de morir, esa pequeña parte de mi cortísima historia. Y le dijo que, por favor, me llamase Juan.

El señor Simon Wells, un médico inglés, que ayudaba en la guerra, en el bando republicano, me recogió, y durante cinco meses me tuvo en el campamento. Cuando se dio cuenta, que cada vez avanzaba más el ejército nacional y corría peligro en Andalucía, me mandó, junto con varios hombres heridos, a un pueblo catalán, Molins

de Rei, en el que me recogieron mis padres, mi madre, era familia la de la chica que me amamantó mientras estuve en Almería, ella ya tenía cinco hijos, y no podía quedarse conmigo, pero le habló a Simon, de una tía suya que no pudo tener hijos, Francisca, mi madre, que me quiso siempre con locura. Ellos me recogieron para llevarme a vivir a Rubí, pueblo en el que pasé algún tiempo, hasta que a mediados de mil novecientos treinta y ocho, tuvimos que huir a Francia.

Siempre me dijeron, que, al recogerme, llevaba como únicos recuerdos, una caja llena de cartas, y el imperdible que agarraba mis pañales, era un recuerdo de mi Virgen de los Remedios, de Estepona, donde yo había nacido, algún día de enero de mil novecientos treinta y siete. Aunque nunca, llegué a verlo.

Querida María, a nadie más que a tu abuela, le conté esta historia, mi historia, nunca pude hablar de ello, con nadie, quise borrarla de mi mente, quise pensar y actuar como si nada de eso hubiese sido parte de mi vida, y aunque, de mayor quise averiguar donde habían enterrado a Rafael, me fue imposible, todo eran fosas comunes...ni te imaginas, buscando esa pequeña historia los horrores que descubrí, así que ahí, sí, decidí olvidarme de todo.

Mi padre, me prometió que cuando fuese lo suficientemente mayor, me daría una caja de lata que contenía cartas, que yo debía leer. Mientras yo crecía las puso a buen recaudo. Un día, mientras realizaba su trabajo repartiendo el correo, se le paró la vida, fue fulminante. Él aún era joven, yo no había cumplido los veinte, así que nunca supe nada, de esas cartas que hablaba mi padre, se llevó ese secreto a la tumba. Mi madre, quien me ayudó a buscar esa caja, siempre pensó que él se deshizo de ellas, al poco tiempo de morir mi padre, también me abandonó ella, y toda esperanza de encontrar ese tesoro que me guardaron... me hubiese gustado

encontrarlas, leerlas, y conocer la historia que no conozco, ni conoceré jamás. Así que, querida hija mía, eso, no te lo puedo contar...»

—Fran —Sólo pude decir su nombre, antes de empezar a llorar más aún si podía...

—María, lo siento —él me abrazaba tan fuerte, que pude oír su corazón tan acelerado como el mío.

—Cinco años Fran, cinco años buscando al propietario de aquellas cartas, buscando a un Rafael que perdió la vida cincuenta años atrás, y dejando escapar el deseo más grande de mi abuelo, de conocer su historia, la parte que le faltaba...

Fran me miró, me abrazó, me secó las lágrimas que no dejaban de deslizarse por mis mejillas, mi corazón iba a mil.

—María, Rafael te buscó, y tu deseo irrefrenable de querer saber, de buscar la verdad, tus sentimientos, esos que te despertó, te han llevado hasta tu abuelo, de nuevo, te han conducido a mi vida, debes estar feliz.

Estaba feliz, tanto que era como empezar de nuevo, desde cero, mi nueva vida, mi vida plena...

Mi Abuelo reconoció el imperdible, estoy segura, él supo que yo había encontrado la caja, que, durante tantos años, él buscó, y con eso, me quedo.

«...Lo único que, si puedo contarte, es que a pesar de pasarme los primeros años de mi vida escapando del horror, siempre encontré quien apartó mis ojos de la guerra, siempre hubo quien se enfrentó por mí.

María, necesito que hagas algo, que nunca me atreví a hacer, en algún lugar de la carretera entre Málaga y Almería, quedaron mis padres, simbólicamente, en algún

punto, lleva un ramo de flores, y déjalos caer, ellas encontraran el lugar. Llévale otro a Rafael Madroñal, un buen hombre, que sacrificó su vida, para permitir que yo tenga la mía, él quedó en algún lugar de El Ejido, en Almería.

Querida Maria, ¿Podrás perdonarme que nunca te hablara de mi historia? Nunca quise que conocieras ese horror, nunca quise hablar de lo que sucedió. Tu madre no la conoce, y te pido que nunca se la hagas saber. Guarda el reloj que te dejo, ha marcado muchas horas importantes en mi vida, la cadena, me la pusieron el día de mi primera comunión. Te dejo mis pinturas, ya sabes dónde las guardo.

Te quiero Maria,

Je t'aime toujours petit»

Epílogo

En cierto modo, y aunque Juana, más que real o tangible, fuese tan ilusoria como imposible, representaba todo y cuánto necesitaba Rafael para continuar. Un amor, una ilusión, felicidad y todo lo que te puede hacer sentir y seguir viviendo.

Sin esas cartas, quizá nunca hubiese descubierto el verdadero sentido de mi vida, y tal vez, como me dijo Fran, sin ellas, no hubiese llegado hasta él.

Rafael me enseñó a vivir, a sentir con la misma intensidad que él. Porque hay pocos, que consiguen vivir su vida como quieren, plenamente, y yo me siento afortunada, de haber aprendido a hacerlo. Creo que él, le puso el nombre a mi abuelo, en honor a su querida Juana. Yo espero un bebé que nacerá en julio, si es niño, lo llamaré Rafael.

«Pocos recuerdan ese capítulo de nuestra España del treinta y siete, pocos imaginan semejante sangría, ocurrida en ese tramo de costa tan paradisiaco, y pocos fueron, los que llegaron con vida al destino que buscaban»

Siempre en nuestros corazones.

Basada en hechos reales.